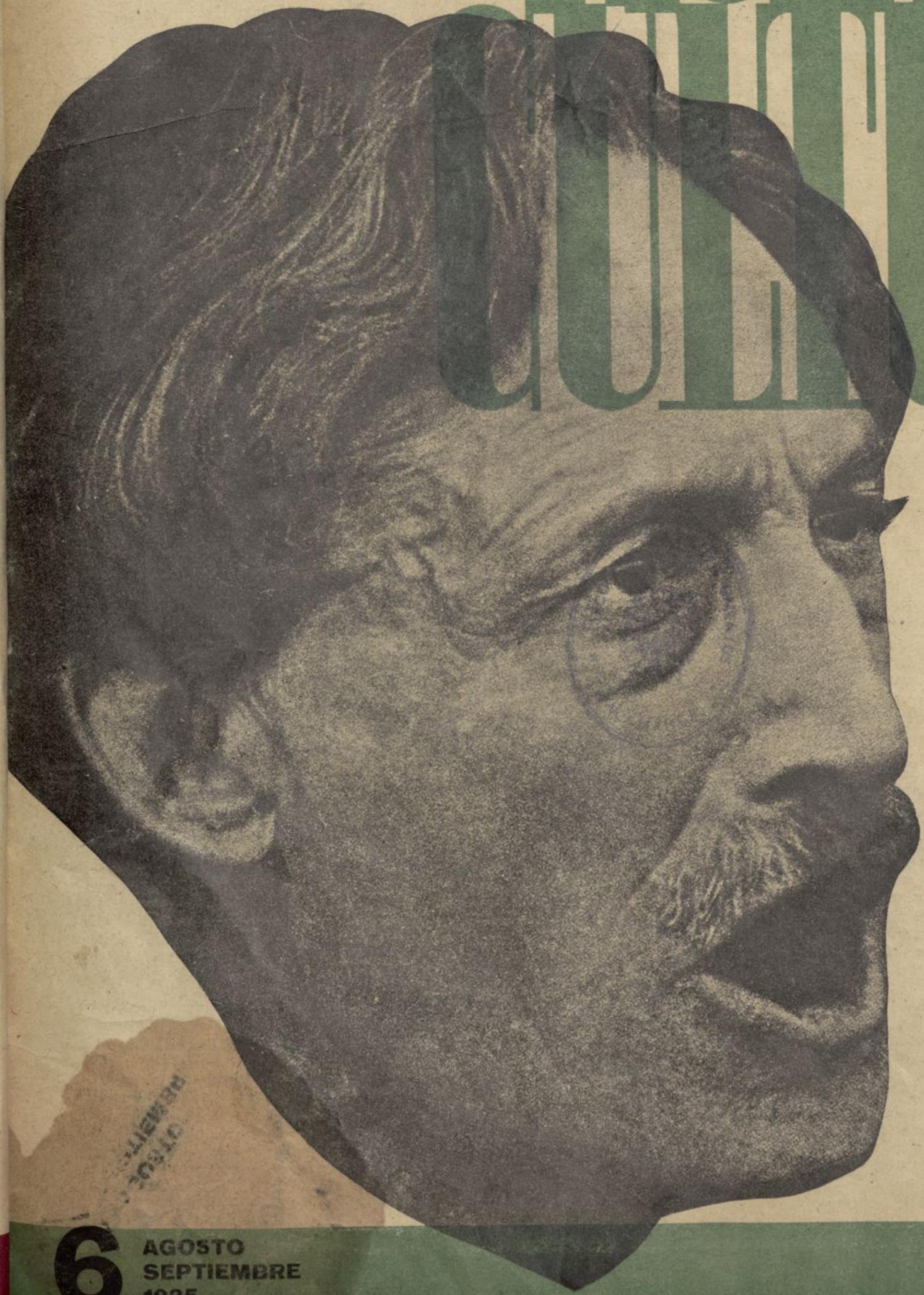


HENRI 1870

REV 57

**UNA POTENTE
VOZ ENMUDECE:**

HENRI BARBUSSE



El hombre que desde hace quince años personificaba la lucha contra la guerra, desaparece en el preciso momento en que su voz profética retumbaba en el mundo entero, con decuplicada fuerza.

¡Henri Barbusse ha muerto! El vacío inmenso que su desaparición deja en nuestras filas, crea a cada uno de nosotros un nuevo deber: intensificar nuestra acción contra el imperialismo, el fascismo y la guerra.

6

AGOSTO
SEPTIEMBRE
1935

PUBLICADA
MENSUALMENTE
EN VALENCIA

ARCHIVOS
ESTATALES

ROMAIN ROLLAND:

HENRI BARBUSSE

Hace un mes, el 23 de Julio, encontré a Barbusse en Varsovia. Yo volvía de Moscú y él se trasladaba allí. Estaba pletórico de alegría. Resplandecía de gozo por el magnífico despertar del pueblo de París, en la conmemoración del 14 de Julio, a la cual asistió, y del corto viaje que iba a hacer (no pensaba permanecer más de quince días) a esa U. R. S. S. que era para él (y que ahora lo es también para mí) una tierra prometida, donde ha quedado para toda la eternidad. Jamás desde que le conozco (lo conozco desde el final de la guerra), le había visto tan contento y tan templado. Parecía rejuvenecido. Así lo sentía él y así lo decía. Cuidados abnegados y una disciplina estricta sobre sí mismo, que había llegado hasta el extremo esfuerzo de dejarse de fumar, le habían dado energías nuevas. Sin duda, Barbusse ha abusado mucho de sí mismo.

Jamás economizó su vida. Desde el final de la guerra, su cuerpo estaba minado por la enfermedad, y ¡qué es lo que este hombre no ha hecho!, ¡a qué poderosas fatigas no se ha doblado! y ¡a qué parte del globo no le llevó ese largo y delgado cuerpo de caballero errante, doblegado por el peso de su armadura, paseando por el universo entero su cruzada incansable contra la opresión social, contra el imperialismo, el fascismo y la guerra! Herido yo mismo de su propia enfermedad, pero más viejo y menos fuerte que él, le veía, maravillado, llegar, desde mi retiro de Suiza, donde yo actuaba inmóvil (Sedens ago), desde las más lejanas tierras hasta el Extremo Oriente, o bien partir en campaña para el Congreso de Amsterdam, donde los que le veían subir a la tribuna pensaban con escalofrío: "Este hombre va a morir..." Barbusse hablaba, sin embargo, con fuerza y claridad; llevaba hasta el final, sobre sus encorvadas espaldas, sin quejarse, su aplastante cargo de presidente de los debates, el peso total del Congreso. Y

durante largos meses, terminado el Congreso, continuaba organizando la obra trazada, transformando las resoluciones en hechos, sembrando por todos los pueblos el mensaje del combate contra la guerra imperialista.

No es aquí, en su cabecera de muerte, el momento propio para hablar de la obra literaria de este gran escritor; no hay tiempo para detenernos aquí. Pero en mi memoria se evoca su libro capital, el que permanecerá en la cumbre de su obra, *El Fuego*, salido de las sangrientas y cenagosas trincheras de 1916; y me emocionan la lucidez y el vigor con que se afirmaron, ya entonces, los principios esenciales sobre los que había que desenvolverse la acción de Barbusse durante los veinte años que le quedaban de vida: "La revelación —como él escribe— de la gran realidad"; el descubrimiento hecho por el "poilu" de Picardía de que la verdadera diferencia que separa a los hombres y que les hace enfrentarse como enemigos, no es la de la raza, es la diferencia de clase, la diferencia que separa a la clase de los explotados de la clase de los beneficiarios y explotadores de todos los países. Desde el momento en que Barbusse recibió esta revelación, entre la sangre y el dolor, jamás ha dejado de luchar por ella. Jamás se desvió de esta línea esencial. Y ha tenido la gran alegría de contemplar el poderoso movimiento que él había desencadenado, crecer como un río con los afluentes de toda la tierra.

Otra alegría, además, ha tenido Barbusse antes de morir, en las primeras sesiones de este VII Congreso del Komintern, donde acaba de afirmarse con un estruendo triunfal, la victoria de la Internacional Comunista, de cuyas filas fué soldado. ¡Y qué consagración a esta vida de combate y de fe, la de caer al pie de la muralla del Kremlin, cerca del maestro Lenin, entre los gloriosos muertos que montan la guardia heroica alrededor de aquel en quien se encarna la Revolución mundial y proletaria!

ROMAIN ROLLAND

Villeneuve 30 de Agosto de 1935.

ULTIMAS PALABRAS DE BARBUSSE

Era el 15 de Agosto. Barbusse estaba ya enfermo. Pero no era nada más que una pequeña gripe "sin importancia", decía él. Se le había permitido levantarse por unas horas.

Más enérgico, más optimista que nunca, Barbusse al hablar esculpía el aire con sus largas y expresivas manos.

Le pregunto qué opina del Congreso en Defensa de la Cultura y qué valor le concede después de varias semanas de haberse celebrado.

"El Congreso —dice— ha puesto en evidencia todas las lagunas, todas las faltas, todas las miserias materiales y morales que sufren los escritores en los países capitalistas. Las causas de esas debilidades son por lo demás evidentes. Los gobiernos de los países capitalistas defienden sus posiciones; cuando un gobierno es particularmente reaccionario, se le descubre por la situación social del escritor, por su posición en la sociedad.

"El Congreso ha tenido un resultado político importante. En su origen no se trataba en resumidas cuentas, más que de una asamblea sobre la más amplia base. Debían encontrarse escritores, para definir juntos las posibilidades de defensa de los valores culturales.

"El resultado significativo del Congreso fué, que los escritores que tomaron parte en él, y que representaban —ya lo he dicho— el más amplio frente, han comprendido que *la defensa de la cultura significa al mismo tiempo la lucha contra la guerra y contra el fascismo. Han sabido fundir estos dos conceptos en uno solo.*

"Además, las resoluciones mismas del Congreso lo han demostrado claramente. En él se trató de los principales problemas profesionales y jurídicos. Se habló de viajes y traducciones. Pero lo que le da valor y verdadero sentido es el apartado que expone la necesidad de la lucha antifascista."

"Sin embargo —prosigue Barbusse—, no se trata solamente del escritor, sino también de la organización de otros intelectuales sobre una misma base. Esta es más particularmente tarea del Comité de Vigilancia, fundado para defender —en el más amplio sentido de la palabra— la cultura, la paz y la libertad."

Estas palabras sobre las diversas instituciones, sobre los congresos y asambleas cuyo objeto fué y será el de luchar contra el fascismo y la guerra, esclarecen los diversos aspectos del vasto movimiento mundial de intelectuales antifascistas. Abordamos enseguida la palpitante cuestión de la política contemporánea: la unidad de acción.

"Con la unidad de acción vamos a hacer milagros, a pesar de todo

lo que se levante ante nosotros: capital, armas y complicidad de los gobiernos fascistas. Como el frente único de los trabajadores persigue un objetivo preciso y claro, ure en la lucha contra el fascismo y la reacción, gentes que pueden por otra parte no compartir las mismas opiniones. En la unidad de acción no se trata de fundir programas o renunciar a su propia concepción sobre ciertos puntos. Existen cuestiones como: desarme de las ligas fascistas, lucha contra la guerra, por la unidad sindical y contra la disminución de salarios, sobre las cuales todo el mundo está de acuerdo.

"En todas las capas de la población francesa, se perciben en la hora actual una verdadera fermentación, de tal manera, que podemos tener la impresión de estar en víspera de acontecimientos muy serios. Los combates revolucionarios que han tenido lugar de poco tiempo a esta parte, el hecho de que Laval haya convocado a todos los prefectos a una conferencia extraordinaria, demuestra que el Gobierno empleará todos los medios para mantenerse en el Poder. Es por esto por lo que estimo que en las circunstancias actuales existe para nosotros la posibilidad de sostener un gobierno de frente popular, aún si ese gobierno no es revolucionario cien por cien. En la situación en que se encuentra Francia, la constitución de un gobierno de esa índole no es imposible. Numéricamente somos los más y creo que las elecciones generales serán el año próximo un triunfo de la unidad de acción. Las elecciones parciales han demostrado en muchas circunscripciones la fuerza de nuestro movimiento. En distritos donde hace poco los diputados eran reaccionarios, vemos salir elegidos socialistas.

"Soy optimista, no solamente en lo que concierne a Francia. En otros países como Suiza, Inglaterra, Bélgica, España, la unidad de acción aumenta de día en día. Al lado de los obreros, los intelectuales, organizaciones femeninas, juventudes y estudiantes, luchan por la unidad de acción.

"En Italia también la situación es seria. El fascismo italiano se encuentra en una situación económica difícil. La guerra que quiere declarar y en la cual ve una salida, es un camino erizado de peligros para el fascismo italiano.

"Volviendo a Francia, he de añadir que a despecho de todas las dificultades, creo que la realización de la unidad sindical será un hecho, ya que por lo demás está prácticamente realizada."

Para terminar, Henri Barbusse me dijo unas palabras emocionadas sobre el VII Congreso Mundial de la Internacional Comunista.

“He asistido a numerosas sesiones del Congreso en calidad de invitado. En toda mi vida no he visto una imagen más bella de voluntad de hierro y de pasión; nunca he asistido a una expresión tan profunda de las ideas de nuestra lucha. Tengo la convicción inquebrantable que la unidad de acción emprendida por la I. C. nos conduce hacia un porvenir mejor.”

Estas fueron las últimas palabras que pronunció en mi presencia Henri Barbusse.

A. H. IV. STEFAN PRIACEL
S. GUERRA CIVIL

Moscú, Agosto 1935.

LOS “PLUMIFEROS” Y EL “REVOLUCIONARIO”

En la página literaria de «El Mercantil Valenciano» del día 6 de Septiembre se ha publicado un artículo titulado «En la muerte de Henri Barbusse» y firmado por J. G. Gorkin. En nombre de la U. E. A. P. (Unión de Escritores y Artistas Proletarios) de la que Barbusse fué un militante eminentísimo y con cuya labor estuvo completamente identificado, debemos ponerle a dicho artículo algunas apostillas.

Hay gente ingenua que quizás piense que J. G. Gorkin ha publicado el artículo para ensalzar a Barbusse. Se equivocan completamente. El artículo ha sido publicado para intentar —como es su costumbre de un tiempo a esta parte— atacar a la Unión Soviética y a su jefe Stalin.

La muerte del gran escritor revolucionario francés ofrecía un buen pretexto y, J. G. Gorkin —¡cómo no!—, la ha aprovechado sin escrúpulo alguno. Como —para desgracia nuestra y del proletariado mundial— Barbusse no puede contestarle, J. G. Gorkin se ha atrevido a escribir: «los funerales que se le han hecho en Moscú han sido al autor, YA AGOTADO Y SIN VOLUNTAD, de «Stalin» y no al de «El Infierno y «El Fuego» que será siempre para nosotros». Esto quiere decir que todas las simpatías de J. G. Gorkin son para el Barbusse, literato revolucionario, todavía sin una clara conciencia de clase, todavía «platónico». En cambio, cuando Barbusse, llevado de la lógica interna de su proceso «espiritual», se enrola en las filas de la revolución proletaria, y pasa de simple intelectual revolucionario, a militante activo; cuando por su talento, su energía y su actividad logra poner en pie millones de trabajadores manuales e intelectuales contra la guerra y el fascismo, a J. G. Gorkin «le da pena» verlo «agotado», «sin voluntad», poco menos que «explotado», como un deficiente mental por «Moscú».

Naturalmente que esto lo escribe después de una larga «apología» del autor de «El Infierno». Una pequeña habilidad de J. G. Gorkin que es, indudablemente, un individuo muy habilidoso...

Pero Barbusse, el literato genial, el escritor revolucionario, del que J. G. Gorkin no ha tenido más remedio que hacer un prolongado elogio —para poder colocar al menos unas gotitas de veneno contra «Moscú» y «Stalin»—, era un fervoroso y activo amigo de «ese Moscú» y un entusiasta admirador de «ese Stalin». He aquí lo que irrita y saca de quicio a J. G. Gorkin. ¿Quién es «ese Stalin», militante obscuro cuya biografía no ocupó hasta 1927 más de trece líneas para merecer los honores de una biografía como la de Barbusse?

Si nosotros pudiéramos creer que en estas vanas e impotentes protestas—como la de decir con irritado gesto de un vulgar burgués, que hoy el obscuro militante es dictador—, habría el menor asomo de buena fe, intentaríamos mostrarle quién es Stalin. Le diríamos que es el jefe del Partido bolchevique ruso, con el consentimiento y el aprecio de los más viejos compañeros de Lenin, que dirige la construcción del socialismo en la sexta parte del globo terrestre, que ha llevado de triunfo en triunfo a la Unión Soviética hasta hacer de ella —lo que es hoy—, el más firme baluarte de la revolución, la ciudadela inexpugnable del proletariado mundial. Le diríamos que políticos como Lloyd George —enemigo de clase—, ha tenido que reconocer su capacidad, decir que es uno de los más grandes hombres de Estado de nuestro tiempo; que Bernard Shaw —genio literario de una independencia y una falta de domesticidad absoluta—, después de reconocer que «no

ha visto nunca a un hombre que hable tan bien», que «maneja una pluma mordaz y sabe meter en cintura a sus adversarios, después de hablar de «la rectitud y de la gran simpatía de este hombre de vigorosa inteligencia», ha dicho recientemente: «ha logrado ese puesto (jefe de la U. R. S. S.), por la ley de supervivencia del más apto y lo ha desempeñado durante años entre las más espantosas vicisitudes que rodearon jamás el doloroso parto de una nueva civilización. Es un estadista que posee una experiencia extraordinaria, única, comparados con el cual los gobernantes de las potencias occidentales parecen hileras de muñecos destartados en un viejo museo de figuras de cera. El privilegio de celebrar una entrevista con Stalin, es un honor y una oportunidad de los que puede enorgullecerse hasta el más eminente filósofo social». Que Romain Rolland —ejemplo de vida transparente y de espíritu elevado se encuentra entre sus mejores amigos. Le diríamos que los miles y miles de comunistas que en las cinco partes del mundo, luchan, trabajan, sufren, combaten y mueren por la Humanidad y la cultura bajo las banderas rojas de la I. C., le tienen por su guía.

¿Pero qué importancia tiene todo esto para J. G. Gorkin? Para él, Stalin es, «un militante obscuro», «un dictador», los artistas y escritores que defienden a la Unión Soviética y a su gran jefe (Gide, Malraux, Aragón, Nizan, M. Gold, etc., corte de «plumíferos»; Henri Barbusse: un abúlico «agotado» que se deja «explotar» por Moscú...

¿Y quién es él?, se preguntarán muchos. Pues él no es un plumífero como un Gide, un Malraux, o un Shaw cualquiera, ni un militante obscuro o un dictador, ni un hombre agotado o sin voluntad como el Presidente del Congreso mundial contra la guerra y el fascismo, Henri Barbusse. El es un periodista revolucionario que en 1926 milita en el P. C. francés, que después es expulsado por trotskista, que posteriormente intenta varias veces (1931-1932) volver a ingresar en las filas del partido de Stalin, que en 1932 aun hablaba en el Centro de Estudios Sociales en favor de la Unión Soviética y de la política de Stalin, que al no ser admitido, va a Madrid e intenta pasar otra vez al trotskismo, intenta formar un nuevo partido al margen de los demás y comunica sus propósitos a varios compañeros de Valencia y que, por fin, cae en el partido de Maurin y se dedica —con sus conocidísima pedantería—, juntamente con el grupito de intelectuales expulsados de la III Internacional, a difamar a sus hombres y a pretender lanzar venenosas especies contra su política. El es el individuo, en fin, con quien las juventudes socialistas en su reciente Congreso provincial acordaron declararse moralmente incompatibles.

Con quien se aprovecha de la muerte de «nuestro Henri Barbusse» para intentar insultar a la Unión Soviética y a su jefe Stalin, a quienes Barbusse defendió hasta el último momento; a quien ante este «hecho» tan molesto para su «política» se atreve, a mancillar la memoria de nuestro querido y eminente camarada Barbusse, insinuando que su labor de los últimos años contra la guerra y el fascismo (tan enorme) la realizó sin plena conciencia y dominio de voluntad, bajo las maniobras de Moscú, nosotros nos tenemos que declarar también moralmente incompatibles.

Por la U. E. A. P.,

EL COMITE

DOMINGO ESPAÑOL DE LOS OBREROS Y CAMPESINOS

En un cuartucho pequeño con una ventanita por donde apenas entra la última claridad de la tarde, una muchacha pálida inclinada sobre una máquina cose una tela roja. Hace calor, el tiempo está parado y hay que hacer un gran esfuerzo para ver. Pero, no importa. Apesar de todo, a pesar de la fatiga de 16 horas de trabajo, para ganar unos céntimos con qué sostener su hogar humilde, la máquina no para. Es que esa tela roja que en este cuartucho ignorado y silencioso cose la muchacha ha de desplegarse y volar el domingo sobre una multitud...

En otros cuartos, también modestos, de la ciudad, unos muchachos tras el rudo trabajo del día se encierran unas horas para pintar grandes carteles. A esas mismas horas en las ciudades más apartadas de España, otros muchachos sin recursos toman carretera adelante sin miedo al cansancio, ni al peligro... A esas mismas horas en las secretarías de los Sindicatos y de los Partidos, hombres a quienes no vence el cansancio de la labor diaria, van de aquí allá, se agitan, organizan, preparan... Aquí no hay millones, no hay apoyos oficiales, no hay nada. Sólo el pueblo anónimo, prepara con esfuerzo, con entusiasmo y heroísmo en el silencio — su fiesta del Domingo. ¡Domingo del pueblo, de los obreros y campesinos! No pasarán por la ciudad los autos del

lujo capitalista, ni las manadas de ojos estúpidos que mandan los caciques, ni las procesiones de beatas que guían los curas, ni las comisiones oficiales que pagan los Ayuntamientos, ni la masa amorfa que acude inconsciente a la sugestión del caudillo... Sólo plantas firmes, brazos recios, cabezas seguras, camisas blancas de pueblo sano y fuerte...

Por las grandes puertas afluyen ríos de gente. Carteles, banderas, consignas, colgaduras, hoces y martillos, yunques, soles, alegorías coronan lo alto de la plaza con sol y luz de tarde clara de verano. Miles y miles de trabajadores van ocupando los tendidos, los palcos, el ruedo. La tribuna empieza a poblarse. Corresponsales de la prensa de Madrid, de Barcelona, de Sevilla, de París... En las gradas empiezan a levantarse algunas banderas que brillan al sol con su color rojo de sangre popular...

Cuando el delegado de la comisión organizadora se acerca al micrófono, una inmensa multitud se extiende por todas partes, ocupa toda la plaza. Rostros tostados, cuerpos enérgicos, brazos desnudos y poderosos. Un pueblo tallado tosca y rudamente en el trabajo.

Labradores del Levante, metalúrgicos del Norte, obreros del puerto, marineros, ferroviarios, artesanos, tipógrafos, obreros de

Madrid, de San Sebastián, de Barcelona. Todo el mundo del trabajo español está aquí presente, está representado.

¡Compañeros!... se oye en los altavoces. Se empieza a dar órdenes. No es una masa pasiva, inerte, defensora de anacrónicos privilegios incapaces de suscitar entusiasmo, o lo que es peor, comprada, arrastrada. No. Es el ejército de la nueva historia en tensión, consciente, lleno de coraje. Menudean los incidentes. La gente se mueve inquieta. Expectación de los grandes días y de los grandes acontecimientos. ¡Domingo de los obreros y campesinos españoles! Llegan dos muchachos con la mochila a la espalda, cansados, sudorosos. Una clamorosa ovación acoge a los camaradas. Y ya en la plaza queda como un vaho caliente, apasionante de voces, de gritos, de gestos, de aplausos...

¡Compañeros!... se oye en los altavoces. Y empieza una lista interminable de adhesiones. En la mano gruesa y callosa del obrero que las lee tiembla un papelito azul. Y sobre los murmullos de la muchedumbre ruedan las palabras:

«Partido Comunista francés dirige fraternales saludos a trabajadores reunidos en Valencia para defender su pan, la libertad y la paz.

¡Viva la Alianza Obrera y Campesina de España! ¡Viva el Bloque Popular de los antifascistas españoles!» Y cuando aun están apagándose los aplausos, la gran emoción: un muchachito es levantado en la tribuna. Con fiebre en los ojos y un gesto de decisión en la boca cerrada, alza un brazo con el puño cerrado saludando a la multitud. Como un escalofrío en medio de la fiebre, como un relámpago de fuego entre la tempestad de los aplausos, el recuerdo de Asturias gigantesco y heroico, tremendo de ignominias y de horrores y grande de destino pasa por la plaza. Todo el mundo se ha puesto en pie. Y un bosque de brazos se levanta hasta el cielo afirmando su voluntad inquebrantable.

¡Atención, camaradas!... se oye en los altavoces. La estela de gritos, aplausos, rumores y emociones que ha dejado a su paso el recuerdo sangriento de Asturias, va apagándose como humo en el cielo azul, sereno, tranquilo... ¡Atención, camaradas!... se oye en los altavoces. Se ha callado la multitud. Un silencio imponente se abre ante el primer orador que está ya en el micrófono. Afuera de la plaza, los buenos burgueses, con sus niños endomingados salen a pasear la tarde del Domingo. Los curas y canónigos hacen sus tertulias y juegan al tresillo. Los oficiales lucen sus bizarros uniformes, o se sientan en los casinos a tomar un refresco. La aristocracia veranea en las playas... Pero, aquí, dentro de la plaza, los obreros y campesinos se han callado; van a oír a sus hombres, van a escuchar su propia voz. — ¡Atención, camaradas! parece resonar a lo lejos como un eco de los altavoces. Y los obreros, los campesinos de toda España que no han podido venir o no les han dejado venir, se callan también y tienden sus miradas hasta esta plaza de toros de la Provincia llena de los suyos, que tiembla como el corazón agitado de España. Y el primer orador habla. Voz dura y cortada: «Hay dos Españas frente a frente. La España de ellos, de los caciques y terratenientes, de los curas y generales, de los banqueros y los políticos y la nuestra, la España de los obreros y campesinos. ¡Nuestra España — grita — aplastará y triturará a la suya!» Y el pueblo se levanta clamoroso y parece agitar ya en el aire las armas victoriosas...

¡Atención, camaradas! se oye en los altavoces. En nombre del Partido Comunista va a hablar el camarada Francisco Galán. Nuevamente sobre la plaza ruidosa de aplausos, que se agita llena de banderitas rojas con la hoz y el martillo pasa un recuerdo dramático y heroico: ¡Galán!... Un viejecito se levanta detrás de la tribuna para gritar, temblando: ¡Vivan los héroes de Jaca! Y la voz del representante del P. C., clara, segura, timbrada con no se sabe qué secreta simpatía de entrañas populares, empieza a sonar sobre la multitud. ¡Qué lejos aquí de los ministerios, de las combinaciones turbias, de las caras estiradas, de las farsas parlamentarias, de la prosa oficial de la Gaceta! Aquí, campesinos que saben en la verdad de su trabajo elemental y de su vida trágica de la reforma y contrarreforma agraria, escuchan conmovidos a un hombre que habla con sencillez empapada de verdad de sus problemas, que habla de sus tierras y defiende sus vidas con una voz que huele y sabe a campo!... ¡Qué lejos aquí del mundo oficial donde los Excmos. Sres. Gobernadores y Ministros se inclinan ante caciques y terratenientes, donde los grandes señores de España disponen en confianza de los hombres de Estado y Gobierno como de una servidumbre que guarda sus propiedades! Aquí sólo la España profunda y eterna de los campesinos. ¡Campos de Castilla y León, de Aragón y Extremadura! Campos tristes de España. Llanuras desoladas. Razas elementales en servidumbre milenaria. ¡Qué tierno y blando está el pan sobre los blancos manteles, en los comedores de la nobleza ociosa y elegante! ¡Pero, cuánto dolor en estos millones de vidas, abandonadas a la soledad, al frío y a la ignorancia; cercadas por trágicas siluetas de fusiles y tricornos!... Aquí, ahora un hombre que les habla de unión con los obreros para acabar con toda la esclavitud. Y qué dinamismo en los rostros anhelantes, en los brazos rudos y morenos; qué energías latentes — inmensas como las fuerzas elementales de la naturaleza —, esperando como las aguas caudalosas de un río inmenso, el momento de ser desatadas y puestas en libertad creadora y fecunda. Dos Españas. En nombre de esta España de los campesinos, el comunista, causa a la otra el bofetón del escarnio, de la ironía, de la maldición: «¡El salario católico de seis reales ha vuelto a España!»...

Pero en la plaza — la plaza enorme que hierve como un gigante avispero de gente — junto a la raza campesina, junto a los rostros tostados de labradores, está también la España del trabajo industrial, el proletariado, los obreros. También ellos saben en la realidad de su vida de trabajo, o lo que es peor, en la angustia de su desocupación, la demagogía de los «cristianos» que gobiernan. «De vuestros contratos de trabajo no queda ya ni la sombra.»

Y por la plaza desfila como una imagen de palidez, la miseria de los hogares proletarios, el dolor, el trabajo y la desesperación de los obreros que, produciéndolo todo, no tienen nada; de los que queriendo trabajar tienen que vagar por las calles con el estómago vacío... Mas, sobre la multitud de trabajadores aquí congregada hay todavía un cielo claro, libre, tranquilo.

A estas mismas horas se camina por las largas carreteras de España y en todas partes San Cristóbal, Santa María, santos de la vieja religión, de obispos y guerreros. Cárceles, rejas, celdas, soledad de cuatro paredes. Miles y miles de hombres sepultados en las sombras, sin cielo, sin alegría, sin libertad. La España tética, de las inquisiciones y de los tormentos, pasa como una sombra bárbara y antigua.

En una calle de Sevilla caen asesinados unos obreros. Turbias maniobras, achanzas en la oscuridad, conspiraciones, fascismo español de señoritos y militares. La vida de un hombre vale seis meses de cárcel. Todo pasa como una nube oscura, estremeceadora... Hay que reaccionar. Hay que combatir. En la propia Asturias los obreros han hecho hueigas políticas después de Octubre. Es la prueba definitiva, conmovedora, de que el empuje de este pueblo en marcha vigorosa hacia su destino histórico no hay quien la detenga. ¡Heroísmo del proletariado español que lucha abnegadamente en vanguardia hace más de medio siglo, por una España libre, común y creadora! Nadie le ha podido quebrantar. Unido, nadie le podía resistir. Y el nombre de Dimitrov suena, como un eco lejano, del heroísmo con que otros obreros, otros hermanos, luchan en el mundo entero por la unidad y por el triunfo. Y los trabajadores en pie, como un ejército, saludan con puños, banderas y aplausos al camarada comunista, a Dimitrov, a la unión del proletariado, a la lucha por el socialismo.

Y luego se vuelve a oír en los altavoces: ¡Atención, camaradas! Mientras se calma el mar alborotado del entusiasmo popular. Y habla el camarada sindicalista Juan López y el diputado socialista Bruno Alonso. Y todos procuran en sus palabras poner una cordial transigencia, una emocionante llamada a la Unidad. Las horas van pasando. Oscurece el cielo. Tarde de domingo. ¡Domingo de los obreros y campesinos españoles! La multitud con sus banderas resiste intatigable. Cuando en los altavoces se anuncia que en nombre de los Sindicatos de Oposición de la C. N. T. va a hablar el camarada Arín, brillan ya en la plaza las primeras luces eléctricas. El camarada Arín, es un viejo luchador de la Barcelona Sindicalista. Es un hombre grueso, de trazos hondos y rostro gastado, con una cabeza amplia y una calva de abad. Su presencia en la tribuna despierta también viejos recuerdos de lucha y heroísmo. Tiempos gloriosos y terribles de la C. N. T., del Sindicalismo Revolucionario, del anarquismo romántico y violento. El camarada Arín, ha bregado muchos años con las multitudes allá en Cataluña, las conoce, las quiere, ha luchado y trabajado con ellas. Por eso apenas se adelanta, y lanza al aire sus primeras palabras, la multitud se levanta enardecida. Tipo clásico de agitador, gestos rotundos y extremados, voz caudalosa, violencia de panfleto y de escándalo. La España negra de los obispos y generales, castiza, supersticiosa e ignorante, vive en sus palabras. El odio secular del pueblo contra curas y jesuitas, que como una ola negra ensombrecen desde siempre la vida española, queda al desnudo. Todo lo que dice este hombre es abierto, popular, dicho con gritos de la calle. Y luego su llamada desgarrada a los camaradas anarquistas. «Yo pregunto a los camaradas de la C. N. T. que han luchado en otro tiempo con nosotros en las barricadas de la Revolución social: ¿Qué esperan también ellos para unirse con nosotros?» Y luego su valentía para hacer frente a las cosas: «Hoy de Cataluña no irradia la luz. Hoy la luz viene de Asturias. Asturias pudo triunfar, precisamente porque se constituyó la verdadera Alianza Obrera. Si no triunfó fué porque nosotros no supimos realizar la verdadera Alianza Obrera...». Todo el discurso del camarada Arín es salpicado de interrupciones, de aplausos, de rumores. Y cuando termina es ya de noche. Pero en la oscuridad brillan las luces, y las banderas todavía se levantan, rojas, en los tendidos, y de la multitud de obreros y campesinos llega el estruendo formidable de las ovaciones. Va a terminar el acto. Es ya muy tarde. El camarada Ruiz Lecina, ex diputado socialista, habla. Unas palabras a las mujeres que asisten al acto. Y luego la guerra. El agitado mundo internacional, las amenazas, los armamentos, las cancillerías, los peligros, los gases, la muerte que acecha por los rincones de Europa, desfilan como la última imagen del mundo que queda afuera de la plaza.

...Comienza a desfilarse la gente porque es ya de noche. Pero todos recogen aún el último llamamiento a la unidad. La multitud se pone en pie, comienza a movilizarse lentamente. Las banderas se ponen en marcha. La masa imponente va deshaciéndose. Unos grupos cantan la Internacional. Ha terminado la tarde del domingo. ¡Domingo español de los obreros y campesinos! Los trabajadores regresan hacia sus hogares humildes. Una muchedumbre inunda los alrededores de la Plaza. Se llenan los tranvías. Los burgueses que pasan miran recelosos. Un aparato exagerado de camiones de guardias civiles y guardias de asalto, muestran la vigilancia temerosa del Estado oficial sobre la tarde de los obreros y campesinos. La libre humanidad de los trabajadores pasa indiferente, dejándoles violentos e inútiles. Pero la llama sagrada va ya dentro. Cada uno vuelve a su vida personal y diaria, pero no podrá olvidar el juramento de unión y de lucha que ha sellado; no podrá olvidar el espectáculo decisivo de esta tarde española de los obreros y campesinos.

Y como una huella inmensa del paso de este pueblo en marcha hacia otra España, quedan temblando en el aire los versos antiguos y gloriosos de todas las barricadas:

«El pasado hay que hacer añicos.

¡Legión esclava, en pie, a vencer!»

REVISTA INTERNACIONAL

Prolegómenos de una nueva guerra

«Hacer un mundo seguro para la Democracia»... Los catorce puntos de Wilson, la guerra del Derecho y de la Justicia, la guerra para acabar con la guerra... ¿Pudo alguien creer seriamente que el armisticio firmado el 11 de Noviembre de 1918 ponía fin a la «última» de las guerras imperialistas? Salvo en una sexta parte del mundo habitado, donde acababa de iniciarse la construcción del Socialismo, en el resto del planeta subsistían todas las contradicciones y todos los vicios básicos de un régimen que contiene en sí el germen de las guerras de conquista. ¿Cómo, pues, dar por concluido el ciclo capitalista y sus inevitables conmociones?

Además de esta premisa general, hay que tener en cuenta otras complementarias. En Versalles se elaboró, y a la fuerza se firmó, un Tratado que añadía nuevos factores de malestar y descontento. La guerra y las modificaciones del mapa político-económico de Europa a que dió lugar, fomentaron una ola tremenda de nacionalismo, en su forma más histérica y bárbara, cuando la única barrera contra una nueva catástrofe hubiera sido la modernización de la Europa burguesa en sentido diametralmente opuesto. O sea, suprimiendo fronteras, reduciéndolas a meras divisiones teóricas, y enderezando el rumbo del Continente hacia la unidad económica — por medio de un gran Zollverein, de una unión aduanera cada vez más general — preludio de una cohesión política parecida a la que une los Estados de Norteamérica.

Lo que pudo haber sido una democracia burguesa europea orientada de tal modo, dando su pleno sentido a la Sociedad de Naciones y basando su vida internacional en un genuino sistema de seguridad colectiva, queda en el dominio de la especulación y de la hipótesis. El hecho es que Versalles dió el impulso contrario, trazó la regresión hacia un nacionalismo económico y político exacerbado. Acrecentáronse todos los gérmenes de violencia, desgarramiento y desorganización que la sociedad capitalista lleva en su seno. Nuevas y más altas barreras dividieron a los Estados, separados, además, por el reparto que se hizo del botín guerrero, en dos grupos: los satisfechos y los descontentos.

Surgió, pues, el anhelo revisionista de los tratados apenas firmados éstos. Y entre los que abogaban por la revisión no figuraban sólo los vencidos. Italia, que al entrar en la contienda había logrado arrancar promesas temerarias a los aliados — entre otras, la posesión de la costa dálmata, a expensas de Servia — quedaba defraudada en gran parte. Recibía las «tierras irredentas» en la desmembración del antiguo imperio austro-húngaro. Pero el imperialismo británico y el francés le birlaban los trozos del reparto colonial. A sus vastas posesiones en África añadía Inglaterra las colonias alemanas, y Francia el Togo y el Camerún. De igual manera procedían en Asia Menor con las zonas de mandato: Irak y Arabia para la Gran Bretaña, Siria para Francia.

Cuando en Italia la burguesía industrial y los terratenientes, con la gran Banca, juntaron su miedo a la revolución proletaria, para oponerle la dictadura fascista, el descontento revisionista fué explotado con éxito por el barón Sonnino — el verdadero creador del fascio —, y su *homme à tout faire* Benito Mussolini. Mientras el fascismo italiano y el fascismo alemán tuvieron apetitos comunes o paralelos, Roma formó parte del bloque revisionista con los vencidos de 1918. Solamente cuando chocaron el imperialismo romano y el de Berlín, al intentar Hitler conquistar Austria desde dentro, Italia entró en el otro bloque, el antialemán, para cerrarle el paso. Cesaron los violentos ataques contra Francia, tanto más cuanto que la política antifrancesa en los Balcanes no había dado el resultado apetecido por Mussolini. Para someter a la influencia económica y política de Italia la península balcánica, hubiera sido necesario la inversión de grandes capitales, de que carecía la burguesía italiana. Ni siquiera pudo completar la empresa en Albania.

El fracaso de Mussolini en los Balcanes implicaba el fin de su sueño de hegemonía en la cuenca danubiana. Por otra parte, su política en Austria — como ha hecho resaltar Karl Radek con maestría en él habitual — es por completo negativa. No quiere el duce que Hitler robustezca, con el *Anschluss*, la posición del imperialismo alemán en el Danubio y los Balcanes. Pero tampoco desea una anexión franca de Austria por Italia. La industria austriaca, muy desarrollada, competiría con éxito en el mercado interior italiano. Y los millones de alemanes, de cultura más elevada, que hubieran de quedar incorporados al Estado romano, no se dejarían asimilar como los campesinos del Tirol meridional.

Tras unos ensayos poco felices de maquiavelismo diplomático bastante elemental, el imperialismo italiano se vuelve, pues, hacia la revisión colonial. Los acuerdos de Enero con Francia añadieron al «imperio» romano unas hectáreas de arena poco aprovechables. No es con eso con lo que resolverá el angustioso problema de procurarse materias primas y asegurarse mercados para sus productos. Sólo queda en Africa un Estado indígena independiente: Etiopía. Por razones económicas y políticas, Mussolini considera el golpe provechoso y el momento propicio. Y con pretextos asaz transparentes, se lanza a la aventura. Su plan no es un misterio. Lo dicta la preocupación de provocar rápidamente una reacción política favorable en Italia misma, como diversión al hondo malestar creado por una situación económica difícil; y de

colocar a las demás potencias imperialistas ante hechos consumados, que paralicen cualquier intervención. Para ello, proyecta un ataque brusco y en masa, tan pronto como cesen las lluvias, dentro de unas semanas. Cuatrocientos aviones cargados con explosivos, gases lacrimógenos y, en caso «necesario», gases asfixiantes, combinarán su acción con la de las tropas de tierra. Se trata de conquistar Adua, vengar la derrota allí sufrida por los italianos en 1896, y tras ese golpe de efecto, iniciar seguidamente negociaciones.

Mussolini sabe lo que costaría a Italia una larga guerra colonial, a tan larga distancia de la metrópoli, y en condiciones tan difíciles, dado lo escabroso del terreno, la escasez de centros estratégicos vulnerables, la carencia de agua potable y la fiereza de los guerreros abisinios. Sin hablar de la situación apurada de la Hacienda fascista. Cree poder evitar los peligros de una campaña realizada en tales circunstancias, con ese plan de agresión en masa seguida de negociaciones diplomáticas. ¿Lo conseguirá? Esa es otra cuestión.

Es evidente que el plan del fascismo italiano requiere, para su realización, la complicidad tácita de otras potencias imperialistas. Maniobrando el espantajo del aislamiento francés en Europa, ha obtenido el apoyo manifiesto, y cabe decir escandaloso, de los actuales gobernantes de Francia. El grado de cinismo a que ha llegado últimamente la «gran» prensa oficiosa de París, atilada al Comité des Forges o propiedad directa de esa oligarquía todopoderosa, es algo inaudito. «No hay que tomar el asunto demasiado en trágico» — escribe *Le Petit Parisien* —. «Si estallara la guerra, las potencias deberán esforzarse por encerrar sus efectos en el terreno colonial y africano.» Se alude al «espíritu de Stresa» y otras zarandajas, y a ver cómo suben las acciones de Schneider-Creusot.

Para la complicidad británica la cosa es más ardua. Existe una pugna directa entre los intereses ya creados por el capitalismo inglés y los que quiere crear el imperialismo italiano. Los algodones del Sudán, regados con aguas del Lago Tsana, quedarían amenazados por la creación de algodones italianos en la otra vertiente. Pero un arreglo no sería imposible. En cambio, en el terreno político, el reciente *Peace Ballot* organizado por los partidarios de la S. D. N. y de la paz ha demostrado que el proletariado y la pequeña burguesía inglesa siguen con grave preocupación la marcha zigzagueante de la política exterior del gobierno Baldwin, y las próximas elecciones obligan a ciertas precauciones. Asimismo le conviene mucho al imperialismo británico aparecer como campeón de las razas de color, aunque el hecho encierre una ironía feroz. Ahora bien: la aparente solicitud de los gobernantes ingleses por la S. D. N. y la moral internacional queda completamente desvirtuada por la evidencia de que sólo existe esa solicitud cuando coincide con la defensa egoísta de los intereses británicos, más materiales e inmediatos. Si la Gran Bretaña hubiera mantenido igual conducta hace tres años, cuando el Japón conquistó brutalmente la Manchuria, la posición de sus representantes tendría hoy una autoridad moral de que carece en absoluto.

Por otra parte, el gabinete Baldwin está muy dividido sobre la conducta a seguir. Mientras Eden y algunos más defienden con tesón la aplicación del Pacto de Ginebra contra la agresión italiana en Africa, otros ministros — entre ellos el renegado social-reformista MacDonald —, rechazan en absoluto la hipótesis de cualquier sanción económica, y abogan porque se deje a Mussolini las manos libres. Por de pronto, y con el pretexto de guardar la neutralidad, se mantiene la prohibición de suministrar a Abisinia medios de defensa. Queda, desde luego, el provechoso contrabando.

Todo el afán de las grandes potencias imperialistas, al iniciarse la reunión de Ginebra, queda reducido a esto: circunscribir la lucha al territorio abisinio, presa codiciada, y aislar el foco guerrero, para que las chispas no prendan en el polvorín europeo-asiático. ¿Lo conseguirán? ¿Es ello posible siquiera, dada la situación del mundo, y teniendo en cuenta la agitación que esta nueva guerra imperialista va despertando en las razas de color? He aquí la gran cuestión. Nadie podría responder hoy con una afirmación categórica. Por lo tanto, el deber urgente, imperativo, del proletariado mundial, es aprestarse para toda coyuntura, sin olvidar que la lucha puede generalizarse, derivando hacia un ataque concertado contra la U. R. S. S., y que en tal caso del cauchismo habría de salir o una era de negra esclavitud, o la liberación definitiva de la clase trabajadora.

OGIER PRETECEILLE

M. Pirandello, premio Nobel, se deshonor

New-York, 20 Julio. — Pirandello, el ilustre autor dramático italiano, acaba de hacer a su vez declaraciones innobles sobre el problema Etiópe.

Ha declarado que Italia está justificada en su intervención en Abisinia.

Invoca a este respecto el ejemplo del continente americano en donde los pueblos indios fueron civilizados por los ingleses; luego alude cínicamente al papel de Lincoln en la abolición de la esclavitud en los Estados Unidos, dejando entender que Mussolini quiere desempeñar el mismo papel.

El señor F. T. Marinetti tiene mucha necesidad "cósmica" de la guerra

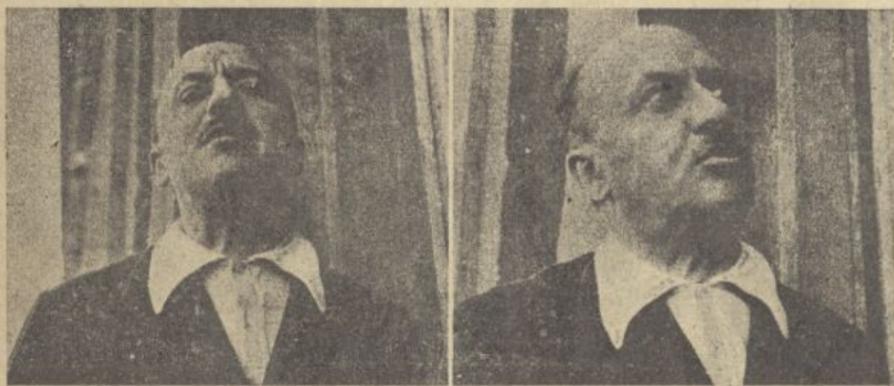
El desarrollo de un pueblo rico en vitalidad y en genialidad como el nuestro, traduciéndose lógicamente por una existencia colonial enérgica, impone a todos los italianos la urgencia de defender, de revigorizar y de aclimatar su cuerpo y espíritu, en previsión: de la sed, del abuso ocasional del agua y del alcohol, del terrible frío nocturno, de la lucha contra los insectos, etc.

En las zonas tropicales, es preciso vigilar constantemente las reacciones de la voluntad y las necesidades materiales, y preservarse de la insolación. Se llega así a una auténtica militarización naturista: mecánica del espíritu y del cuerpo. Una intimitad metódica y progresiva del hombre con las fuerzas rudas de la naturaleza, tal es la utilidad naturista de la vida colonial.

La necesidad cósmica de la guerra, de la que proclamamos el valor higiénico, descomulgante y excitante desde 26 años, rejuvenece el cuerpo humano y purifica el espíritu.

La guerra, desarrollada entre países cuyos niveles diferentes actúan como estimulantes provocadores, obliga al perfecto soldado colonial, debilitado ya por los bosques pantanosos y el sol aniquilador del Sahara líbico, a coerse, a curtirse con su furiosa metralla, en el calor asfixiante de 60 grados que reina en el interior de un auto blindado rápido. Un casco de acero sobre su cabeza, comprime hasta la explosión su intrepidez espiritual y física, así como su agresividad al acecho de la muerte del enemigo, condición indiscutible de su propia supervivencia.

Este rápido auto blindado, conclusión metálica del tractor agrícola, realiza un sano y viril naturismo futurista, refinando y centuplicando el heroísmo del hombre y su nobleza. — (Extracto de un manifiesto de Marinetti, «Gazzetta del Popolo», Turín.)



Marinetti: ¿canalla o imbécil?

Estampas del país "civilizador"



Un documento que Mussolini no ha presentado a la Sociedad de las Naciones: Condenados políticos antifascistas, amarrados como bestias, camino de la deportación.

Pena de muerte por el delito de opinión

Senadores, diputados, abogados, telegrafían a Hitler para salvar a Kayser y Clauss.

El siguiente telegrama fué enviado a Hitler en el pasado Agosto:

Nombre justicia humana rogamos profundamente hacer uso derecho de gracia para ex diputado Albert Kayser y mutilado de guerra Rudolf Clauss, condenados a muerte únicamente delito opinión. Esperamos haremos oír nuestra voz.

Cadot, senador, alcalde; Voillot, senador; François de Tessan, senador, antiguo ministro; Susset, diputado; Moro-Giafferri, abogado; Picasso, pintor; Philippe Lamour, abogado; André Viollis, periodista; Claude Aveline, escritor; Jean Guéhenno, escritor; Maurice Délépine, abogado.

LA CIENCIA EN EL MUNDO DOS CONGRESOS

Mientras en la U. R. S. S., el país del socialismo, los más eminentes sabios del mundo se han levantado con toda libertad para elogiar la obra del régimen soviético en favor del progreso, de la ciencia y de la humanidad, y para condenar la barbarie de la guerra, en la Alemania fascista, el congreso internacional de Derecho Penal, bajo la presión y las maniobras de los «profesores» movilizados en número capaz de decidir las votaciones, por el Gobierno de Hitler, adopta resoluciones que suponen un escarnio a la conciencia jurídica del mundo, intentando justificar los métodos crueles refinados de la represión nacionalsocialista bajo la capa de la ciencia.

La absoluta indefensión de los procesados, los Tribunales de honor, la esterilización, la decapitación con hacha, etc., todo cuanto hoy constituye el sistema penal alemán y representa un retroceso de las posiciones conquistadas a través de siglos por la civilización burguesa en la práctica y la teoría del Derecho Penal, a las formas anticientíficas de tipo religioso y cruel de la Edad Media, han sido revestidas de un carácter científico por el simulacro de Congreso Mundial celebrado bajo la dictadura nazi. En oposición a ello, el congreso celebrado en Moscú —del que damos una reseña a continuación— señala vivamente el contraste entre dos mundos. El mundo agonizante, sombrío y tortuoso del fascismo que retrocede hasta la edad media e intenta convertir a la ciencia en un vil instrumento de defensa de sus bastardos intereses, en un instrumento al servicio de la represión y de la guerra. Y el mundo joven, creador y optimista del socialismo, lleno de entusiasmo en la obra de la ciencia que toma de las manos de la burguesía, para llevarla adelante con esfuerzo y heroísmo por la paz y la liberación de la humanidad.

El XV Congreso Internacional de Fisiología en Leningrado

Con la asistencia de más de mil quinientos delegados se ha celebrado recientemente en Leningrado el XV Congreso Internacional de Fisiología. En el Palacio Onritski, donde antiguamente se reunía la Duma, las más destacadas personalidades del mundo científico han tenido ocasión de apreciar el magnífico desarrollo de la ciencia en la U. R. S. S. y de conocer las actividades de los jóvenes sabios e investigadores soviéticos, precisamente en una época en que, como dijo el profesor americano Walter Cannon en la sesión de apertura: «Los gobiernos cuya fuerza parecía basarse sobre sólidas tradiciones han desaparecido como sombras, dejando paso a nuevas formas gubernamentales; nuevos factores han aparecido. La depresión económica mundial ha traído consigo una reducción considerable de las subvenciones destinadas a los trabajos científicos. La parálisis general amenaza. Sabios a quienes la ciencia debe mucho y que han adquirido una reputación merecida en el mundo, son destituidos y arrastran actualmente una vida llena de privaciones. Muchas Universidades han cerrado sus puertas, otras han perdido su antiguo papel social que consistía en ser un refugio para los sabios, en proteger la libre investigación de la verdad, en saludar y animar toda idea nueva».

Ante este trágico panorama de la vida cultural en el mundo, el Estado Soviético aparece como ese refugio de que habla el profesor Cannon, saludando y animando toda idea nueva. Y esta realidad no ha escapado a los ojos de los investigadores extranjeros que, considerando la profunda transformación sufrida por la U. R. S. S. como un «experimento en gran escala», han expresado francamente su entusiasmo por los resultados obtenidos.

Discurso de apertura de I. P. Paulov

El 9 de Agosto el profesor Paulov, después de haber declarado abierto el XV Congreso Internacional de Fisiología, pronunció el siguiente discurso

En nombre de todos los fisiólogos soviéticos, saludo a nuestros queridos colegas aquí reunidos, llegados de todos los lugares del mundo y a los que deseo sinceramente que el tiempo que pasen en nuestro país les sea útil y agradable. Es la primera vez que un congreso de fisiología se reúne entre nosotros; la fisiología nos es una ciencia joven. El padre de nuestra fisiología, Setchenov, fué el primero en enseñarnos, no según un manual, sino como especialista; fué el que formó la primera escuela de fisiólogos de nuestro país, Setchenov fué el promotor de las investigaciones fisiológicas en una gran parte del mundo. Es por esto por lo que hemos creído un deber ofrecer a los miembros del Congreso sus mejores obras y una medalla con su efigie.

La utilidad múltiple de los congresos internacionales es de tal modo evidente y ha sido tan a menudo tratada, que me limitaré a señalar algunas particularidades que tienen especial importancia en el caso presente.

Hace mucho tiempo que nosotros, fisiólogos, y ya lo hemos dicho varias veces, adoptábamos definitivamente, como ya se ha dicho en otros congresos, una resolución sobre lo que se ha convenido llamar las cuestiones de programa, dicho de otra manera, las cuestiones que en una época dada promueven a los problemas un interés particular; por otra parte, las comunicaciones particulares deben subsistir, es posible que precise solamente limitar su número. Es necesario organizar sesiones plenarias a las

ESPAÑA

A TRAVES DE LAS GAFAS

DE DON SALVADOR DE MADARIAGA

(Textos tomados de los libros «España» e «Ingleses-Franceses-Españoles», de Salvador de Madariaga, representante de España en la Sociedad de las Naciones)

«El español ni es ciudadano de un Estado igualitario como el francés, ni socio de una sociedad nacional como el inglés, ni súbdito de un imperio como el italiano o el alemán de hoy. Es un hombre». (España, pág. 25)



La condición humana: Casas Viejas

«Para el español, la vida es, ante todo: estética y pasiva. Otros avanzan por el camino del progreso; él permanece quieto, quizás con la sensación subconsciente de que los demás caminan hacia el estado que él alcanzara por intuición. No busca los acontecimientos; no se esfuerza en desviar hacia sí la corriente de la vida».

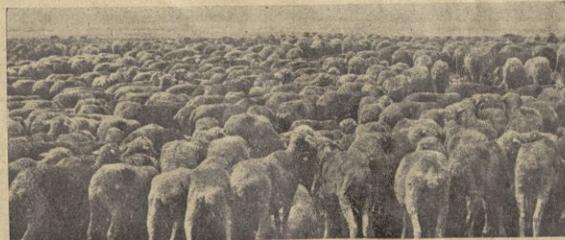
(Ingleses—Franceses—Españoles, pág. 297)



Por los soviets en Asturias

«Por otra parte, el instinto de conservación de la propia libertad, tan fuerte en el español, le hace rehuir todas las formas de cooperación social, ya que tienden a esclavizar al individuo y a reducirlo gradualmente al papel de pieza de maquinaria».

(España, pág. 25)



Vista parcial (habían muchos más) del matón de CH. Robles en Mestalla

«La fraternidad de los hombres es para el español un hecho arraigado, demasiado hondo, uno de esos datos primarios de la naturaleza que no tanto se aceptan como se traen al nacer».

(Ingleses—Franceses—Españoles, pág. 283)



El abrazo entre hermanos

«El campesino castellano, espartano y sencillo, recibe por la retina el impacto directo de la civilización occidental que le aportan las películas cinematográficas, y ¿quién dirá la hondura y dirección de los efectos producidos en su carácter por el espectáculo de lujo y brillantez súbitamente revelado a su inocencia? Cinematógrafos, receptores de radio y automóviles son fermentos más poderosos que libros y periódicos para una raza que prefiere el elemento espiritual directo de la experiencia, y no en conserva, como lo dan los libros. El pueblo español es gran consumidor de cinematógrafos, receptores de radio y automóviles. Es todavía pronto para hacerse una opinión sobre los resultados de esta experiencia».

(España, pág. 344)



Jack Holt y Muriel Evans en el originalísimo, sugestivo y cultural film con que harán su presentación esta temporada en las pantallas españolas

«También se observan cambios importantes en lo que atañe a las mujeres. Tiene España en el extranjero, reputación de país en el que las mujeres son seres sin importancia y reducidas a semiesclavitud. Esta opinión procede, desde luego, de la ignorancia, y han habido extranjeros que llegaron a curarse de su error con sólo casarse con españolas».

(España, pág. 346)

«En este criterio dramático del español se observará su sentido del hombre. Su sentido del universo se manifiesta en su tendencia a fundar instituciones políticas sobre la base más amplia y universal posible, es decir, sobre la base religiosa».

(España, pág. 26)



Nueva catolicidad: 11 de Mayo 1931

«En el fragor de sus luchas partidistas, ni aún los mismos republicanos parecen, a veces, darse cuenta de la inmensidad de la labor ya realizada. Sólo el haber dado en tierra con la trinidad de los obstáculos que tanto retrasó la evolución española—la dinastía, mal llamada Monarquía; lo oficialidad, mal llamada Ejército; la clerecía, mal llamada iglesia—es en sí un triunfo maravilloso, sino milagroso. Y en los momentos de desaliento, todo republicano puede reconfortar su ánimo con el espectáculo de una España queya no tiene más rémoras para su avance espiritual y material que las implícitas en su propio carácter».

(España, pág. 7)



Las garantías constitucionales

«El ideal de una colectividad bien organizada se desvanece al examen. En realidad, no conocemos concretamente criterio alguno para definirlo».

«No hay otro fin último que el individuo».

«Respondamos que la variedad admirable de caracteres nacionales que el mundo nos muestra, es una de las manifestaciones de la riqueza espiritual de la creación, y que, como tal, los hombres deben al Creador, respeto por ese don, y a sí mismos, capacidad para gozar de este espectáculo».

(Ingleses—Franceses—Españoles pág. 301)

Precioso y variado espectáculo



Guardias ingleses, con el típico casco de guardia inglés, pegando a los obreros ingleses



Guardias franceses, con el típico gorro de guardia francés, pegando a los obreros franceses



Guardias españoles, con la típica gorra de guardia española, pegando a los obreros españoles

(Montaje de José Renau)

FRESCOS SOBRE LA GUERRA

(Max Aub ha escrito un fresco dramático en multitud de cuadros, contra la guerra. Damos hoy algunos de ellos. Escritos para ser representados sucesivamente, creemos que la imaginación de nuestros lectores será suficiente para crear el escenario.)

EL PARLAMENTARIO.—Habéis aprobado con una unanimidad conmovedora todos los proyectos que el gobierno os presentó. Derechas e izquierdas: gracias en nombre de Rojatierra. Ahora tendrán que suspenderse las sesiones. Aun así, la Cámara sigue en sesión permanente; la cohesión con el gobierno es perfecta; no es este un gobierno de partido, sino un gobierno nacional. (Grandes aplausos.) Somos los verdaderos representantes de Rojatierra. Me permitiréis, antes de terminar, saludaros como si fuérais la nación entera, de la cual sois los dignos mandatarios. (Grandes aplausos.)

Saludo también a todos los partidos, confundidos hoy en la dirección de la patria. (Grandes aplausos.)

Saludo nuestra gloriosa juventud, que metódicamente organizada, marcha hacia las fronteras con la frente alta y el corazón enardecido. (Grandes aplausos.) Y saludo a Rojatierra. (Conmovidísimo:) Miradla, miradla: alta, fiera arrogante, con el torso fuerte, llevando en la mano la bandera que cobija nuestras esperanzas y nuestros orgullos. (Bravo, grandes aplausos.)

Ahora elevémonos a la altura de los recuerdos gloriosos de nuestra historia; miremos el porvenir cara a cara; seamos hombres y derechos aclamemos una vez más a Rojatierra inmortal. (Frenético entusiasmo.)

★

(Sobre uno de los tableros laterales, un obrero.)

EL OBRERO.—(En tono de mitin, al público:) ¿Estáis conformes en que eduque vuestros hijos para defender únicamente las ansias capitalistas?

¿Estáis conformes en que vuestros hijos sean muertos, mutilados, deshechos, porque el petróleo, el carbón o el oro sean abundantes en tal o cual parte del globo?

¿Estáis conformes en que diariamente se gasten en el mundo hoy, mañana, pasado, cada día ochenta millones de pesetas en pagar generales y tenientes, en fabricar balas y obuses mientras los obreros y los campesinos ni saben leer ni tienen qué comer?

¿Estáis conformes, compañeros, en hacer todo lo posible para que no haya más guerras?

Gritad sólo, únicamente, pero todos a la vez: «NO QUEREMOS HACER LA GUERRA, y...»

(Desde el público ha salido un tiro; el obrero cae muerto, la frente ensangrentada.)

★

(Una escuela de pueblo: pupitres, niños y niñas; el maestro.)

EL MAESTRO.—El 16 de Marzo de 1535 se afrontaron los dos ejércitos en la llanura del Gramos. Nuestros soldados, cansados, sin municiones casi, donde prevalecían los niños, acamparon sin tiendas de campaña, amontonados en el fango. El mariscal Volney andaba entre ellos alentándolos. De entonces data esta frase inmortal: «No se ganan las batallas con municiones, sino con el corazón.» Durán, suba usted a la pizarra y escriba. (Sube el niño y escribe al dictado.) «No se ganan las batallas con municiones, sino con el corazón.» Sólo el genio de nuestra Patria puede sugerir gritos como éste. Al amanecer, los soldados rojos iniciaron un movimiento envolvente. El mariscal Volney mandó repliegue del ala derecha hacia Pueblo Alto y el movimiento quedó desvirtuado. La batalla se hizo general. Y nuestros soldados, muertos de fatiga, sin municiones, unos niños casi, resistieron heroicamente la acometida brutal. Descalzos, apoyándose unos en otros, no cedieron un centímetro de terreno. Los heridos alentaban a sus compañeros: «Haced una barricada con nuestros cuerpos», gritó el joven Santa Fe, cuyo monumento habrán ustedes visto reproducido tantas veces y que se alza a la entrada del Paseo Nuevo de nuestra capital. Se sucedieron los ataques. Cayó la noche. Una gran victoria más se apuntaba en el libro glorioso de la patria. (Pausa dramática.) El 30 de Agosto del mismo año... Dígame, Martínez, ¿qué sucedió el 30 de Agosto de 1535?

NINO.—(De carrerilla.) Tratado de paz de Grijente. En él ganábamos el Medionte y las Escarpadas. Y el príncipe Filipo casaba con la infanta Margarita, que traía en dote la ciudad de Noria y el principado de Montera.

MAESTRO.—Muy bien. A ver, González, ¿qué consecuencias trajo ese matrimonio?

NINO.—(De carrerilla.) En 1543, por haber repudiado el príncipe Filipo a la infanta Margarita, se declaró la guerra, que luego se llamó de los catorce años.

★

JUEZ 1.—Se le acusa de negarse a efectuar trabajo alguno. De hablar en contra de la seguridad de la patria. Primero en la fábrica A. B. 487. Cuando se convirtió en fábrica de municiones, inició usted la rebelión cruzándose de brazos y pronunciando frases derrotistas. Trasladado al frente se ha negado a coger un fusil, ¿qué tiene usted que alegar?

ACUSADO.—No tengo nada que alegar. Tengo que acusar: Tengo que acusarles a ustedes por asesinos, porque aquí el fiscal soy yo.

(Los tres jueces se levantan, extendiendo el brazo.)

LOS JUECES.—Que le fusilen.

(El acusado desaparece como por escotillón y se oye una descarga. Aparece otro acusado.)

JUEZ 2.—Se le acusa de haber reunido una veintena de compañeros suyos y haberlos alentado a la rebelión. De haberse negado a querer disparar hacia el enemigo.

EL ACUSADO.—Los enemigos son ustedes, ¡canallas!

(Los tres jueces se levantan y extienden el brazo. Desaparece el acusado y se oye una descarga. Aparece otro acusado.)

JUEZ 3.—Se le acusa de haber intentado entablar conversación con el enemigo. De haber pronunciado palabras de paz cuando nuestra gloriosa patria está en peligro. Todo ello prueba irrefutablemente que está usted a sueldo del enemigo. ¿Qué tiene usted que decir?

EL ACUSADO.—Mierda.

(Los tres jueces se levantan, extienden el brazo; desaparece el acusado y se oye una descarga. Aparece otro acusado.)

PRIMER JUEZ.—Se le acusa de hacerse el desentendido a todo. De hacerse el imbécil, de no querer coger un arma.

EL ACUSADO.—No quiero hacer la guerra.

(Los tres jueces se levantan, extienden el brazo, desaparece el acusado y se oye una descarga.)

Ahora los jueces, uno tras otro, van acusando levantándose por turno, sin pronunciar palabra inteligible, murmurando frases, y los acusados responden, cada vez, clara y terminantemente.)

LOS ACUSADOS.—No quiero hacer la guerra.

(Cada vez es más rápida la escena. Tiene que llevarse *in crescendo* con sumo cuidado. De ocho a diez veces. Hacia el final el ruido de las descargas es casi ininterrumpido. Según van saliendo los acusados en el tribunal desaparecen automáticamente diciendo cada vez más deprisa y más fuerte «No quiero hacer la guerra». Los jueces, cansados, ya no hacen sino extender el brazo. Cuando se haya logrado el máximo de velocidad por todos los medios practicables empiezan a surgir los acusados, con las frentes ensangrentadas. Surgen y bajan, como un mar, hacia el tribunal; empuñan pistolas. Se espantan los tres jueces, tocan insistentemente sus campanillas, al ver que no acude nadie intentan fugarse. Están situados de espaldas al público. Los acusados —apuntando naturalmente, también, al público— los acribillan a balazos. Lentamente empiezan a cantar la Internacional, todo el mudo que se halla en escena. Sube de pronto el tono. Y la luz.)



AL COMITE LUIS DE SIRVAL

La muerte de Luis de Sirval es la culminación —y hoy ya el símbolo— de la represión contra las fuerzas vivas de la nueva humanidad española, de un Estado agónico representante de cuanto viejo, muerto y sucio pesa sobre nuestro pueblo. En nombre de la libertad de pensamiento, de la defensa de la cultura revolucionaria y de todos los caídos en la lucha, NUEVA CULTURA pide un puesto entre vosotros y se ofrece a colaborar con entusiasmo en vuestra justa campaña.

ARCHIVOS
ESTATALES

cuales serán invitados especialistas de la cuestión examinada así como los representantes de tendencias adversas. En estas reuniones especiales y llenas de interés para el estudio de un problema, las anotaciones de los colegas que no se han especializado en la cuestión pueden ser de un gran valor.

El segundo punto, sobre el que insisto, tiene una gran importancia en nuestro país. Es la influencia decisiva que ejercen estas asambleas, sobre los principiantes, sobre la joven generación científica. Yo puedo juzgar la fuerza de esta influencia según mi propia experiencia, al venir a mi memoria los recuerdos de juventud, cuando participaba en los congresos de naturalistas y médicos. Nuestro gobierno presenta actualmente grandes créditos para el trabajo científico y atrae a la ciencia una multitud de jóvenes.

Pasemos al tercer punto. Por muy diferentes que seamos, todos estamos animados por el más vivo interés para la tarea común a la cual hemos consagrado nuestra vida. Estamos aquí como buenos camaradas ligados en muchos casos por sentimientos de amistad manifiesta, trabajamos para reunir definitivamente al género humano sobre una base racional. Pero si estalla la guerra, muchos de aquí se alzarán contra otros y, precisamente, en el terreno de la ciencia, como ya se ha producido más de una vez. Ya no queríamos encontrarnos tan a menudo, reunirnos como lo hacemos hoy, aun nuestra forma de apreciar el valor científico cambiaría.

Puedo comprender la grandeza de una guerra de emancipación, sin embargo, no dejo de negar que la guerra es, en sí misma un medio salvaje de resolver las dificultades de la vida (*aplausos entusiastas*), un medio indigno de la inteligencia humana y de sus inmensos recursos.

Podemos ver hoy un deseo general de paz y una aspiración universal de conjurar la guerra por medios más eficaces que los que hasta ahora se han empleado. Y estoy satisfecho al contemplar que el gobierno de mi potente patria socialista en el curso de su lucha por la paz, ha proclamado por primera vez en la historia: «Nosotros no queremos una pulgada de terreno ajeno». (*Aplausos*.) En esta lucha por la paz debemos sentir su importancia con una fuerza particular, tomar parte en ella todos, en tanto que como buscadores de la verdad debemos añadir que la más es-

tricta justicia debe ser observada en las relaciones internacionales (*aplausos*), pues ahí está precisamente la mayor dificultad.

Para terminar, nosotros, fisiólogos soviéticos, tenemos que expresar un gran reconocimiento a nuestro gobierno que nos ha hecho posible que recibamos a nuestros huéspedes de una manera digna de ellos. (*Aplausos*.)

Paúl Signac, gran artista revolucionario, fallece

En la tarde del 15 de Agosto pasado, Paul Signac murió, aquejado de una crisis de uremia; tenía setenta y dos años. Falleció con pleno conocimiento y completa fuerza, al día siguiente de un viaje de estudios por el sur de Francia y Córcega. Algunas horas antes de morir, preguntó a Marcel Cachin, que era uno de sus más antiguos amigos:

—¿Cree usted que todavía podría pintar?
Murió con la inquietud y el interés de lo que había sido su profesión y su misión. Este gran artista, que con Seurat desempeñó un papel considerable en la evolución de la pintura francesa, pasado el impresionismo, presidiendo durante años los «Independientes», era uno de los más elevados ejemplos que pueden presentarse a los artistas.

Toda su vida estuvo dominada por una doble fidelidad, a su arte y al proletariado. Del anarquismo de su juventud, fué al comunismo. El espectáculo de la U. R. S. S. y de sus victorias, habían llegado a ser para él una de las razones esenciales de vivir y crear. Estaba en la primera fila de los escritores y artistas que ofrecen su valor intelectual al servicio del proletariado. Y los obreros de París vieron con frecuencia en la tribuna de los mítines sus pesadas espaldas, su rostro poderoso de artesano o de marino. Era miembro de varias organizaciones revolucionarias y uno de los fundadores de la A. E. A. R.

NEUE CULTURA saluda la memoria de Paul Signac y dirige a todos los suyos su fraternal dolor.

EL DINERO SOVIETICO

La revolución socialista ha abolido las leyes capitalistas de la circulación fiduciaria y sometido ésta al régimen de plan del Estado obrero. El dinero en la U. R. S. S. es un instrumento de control de la producción y de la repartición del producto social.

En la sociedad capitalista, la parte del producto social representada por tal o cual unidad monetaria está determinada por la ley del valor, basada en la concurrencia, y los precios de las mercancías escapan allí a la reglamentación del Estado. El valor del dinero depende, en los países capitalistas, de los caprichos de una producción y de un mercado inorganizados. En la economía soviética, es el mercado organizado del Estado y de la cooperación lo que desempeña el papel más importante. Teniendo a su disposición una masa de productos procedentes de las empresas socialistas, el Estado obrero establece, según un plan, los precios del comercio de Estado y de las cooperativas. De este modo es el propio Estado el que, por la planificación de los precios, determina la parte del producto social, que cada trabajador obtiene a cambio del dinero soviético.

La introducción del precio al «por menor» o «detail» único asegura el valor único del rublo soviético; de esta forma, estableciendo un precio «al detail» único e intensificando la circulación de las mercancías, la supresión de bonos o cupones de pan es llamada a consolidar la moneda soviética... Pero ¿por qué la consolidación de la moneda soviética es indispensable en este período del socialismo? Una moneda estable es necesaria para desarrollar la circulación de las mercancías, el comercio soviético. Esto es absolutamente necesario para asegurar la ligazón entre la ciudad y el campo y entre las diversas esferas de la economía soviética, en la que el grado de mecanización, el rendimiento, la organización y la calificación del trabajo son diferentes.

Resulta que el trabajo socialista, tal como aparece en las empresas de Estado por una parte y en los Kolkhozes por otra, difiere en cuanto a su organización, su grado de mecanización, y su rendimiento no puede ser medido por una unidad o medida común de tiempo de trabajo.

Lo hacemos indirectamente, por los precios, es decir, por el dinero. Resulta igualmente que el Estado soviético no puede repartir los productos de los Kolkhozes directamente; realiza esta repartición intensificando la circulación de los productos de la industria de Estado por una parte y de los productos y materias primas de los Kolkhozes por otra parte. El tránsito temprano hacia un aprovisionamiento por medio de cambios directos, efectuados sin la mediación del dinero, o hacia un reparto mecánico, tendría por único resultado el desarrollo de la especulación y del burocratismo. El dinero permite al consumidor controlar la calidad del producto, el trabajo de la industria, de la agricultura y el comercio. Si la estructura de la red comercial no llega a satisfacer la demanda del consumidor, dejará de ser rentable, y el Estado no le concederá más créditos. El dinero aparece, pues, aquí como uno de los medios eficaces en la lucha por la calidad de la producción y contra el burocratismo en el aprovisionamiento. He aquí por qué el dinero es indispensable en este período del socialismo.

En el transcurso del segundo plan quinquenal, el comercio so-

viético se sustituye por la distribución de los productos y la repartición centralizada. La intensificación de la circulación de mercancías coloca al día las reservas no utilizadas de nuestra economía y crea, para los obreros y kolkhozianos, estimulantes suplementarios que elevan el rendimiento del trabajo. El desarrollo del comercio soviético consolida el rublo soviético y aumenta su valor. Esto se realiza tanto por la intensificación de la circulación de las mercancías (en la etapa de la supresión de bonos y del crecimiento de la producción socialista en general), como por nuestra política de reducción sistemática de los precios. Durante el segundo plan quinquenal, los precios al «por menor» del comercio de Estado y de cooperación bajaban a 35 por 100. Esto significa que el valor del rublo soviético, expresado por la cantidad de mercancías obtenidas en el cambio, aumenta en la misma proporción. La baja de precios se realiza no solamente en el comercio de Estado y en las cooperativas, sino igualmente en el mercado agrícola kolkhoziano, en donde se hace y se hará aún con ventaja sentir la supresión de los bonos de pan y la fijación por el Estado de un precio al «detail» único.

De este modo, una moneda estable, basada sobre un precio «al por menor» único, somete favorablemente el movimiento de los precios en el mercado kolkhoziano a la influencia del Estado y de su plan. El capitalismo ha dejado como herencia al Estado obrero una moneda en continua y rápida depreciación; casi veinte mil millones de rublos estaban en circulación antes de la revolución socialista de Octubre. Actualmente, aunque la producción de la industria socialista sea en más de cinco veces superior a la de la industria de ante-guerra, la cantidad de dinero en circulación es infinitamente inferior a la de antes de la revolución. Esto demuestra el aumento considerable del valor del rublo soviético en relación al valor del dinero que nos dejó el capitalismo moscovita. Nuestro Estado determina la cantidad de dinero en el mercado según el volumen del intercambio de mercancías y el nivel de los precios. El mecanismo de la circulación fiduciaria soviética tiene de particular que el dinero entra en circulación por intercambio del sistema de crédito. De esta manera, la cantidad de dinero en circulación corresponde a las necesidades del comercio: el aumento temporal de la producción y de la circulación experimenta un aflujo de dinero en el mercado; cuando, por el contrario, la baja temporal del volumen de la producción y de los cambios disminuye la necesidad de dinero, el Estado, por intermedio del sistema de crédito, retira el excedente de la circulación. Este es el plan de crédito que permite al Estado soviético dirigir este proceso. La circulación fiduciaria soviética forma parte del plan socialista en el que el dinero constituye uno de los instrumentos. Es el plan de la reproducción socialista que legisla en el comercio.

Toda utilización del dinero y del comercio con fines no socialistas, susceptibles de contrarrestar el plan del Estado y de malgastar las riquezas del pueblo, es considerada como una deformación burguesa, incompatible con la política del Gobierno y los intereses de la clase obrera. La consolidación de la moneda soviética y el desarrollo del comercio constituyen, en estas condiciones, uno de los medios de lucha contra las supervivencias del capitalismo en la economía y en la conciencia de los hombres.

EL MITO SANGRIENTO TCHAPAIEFF

Film soviético de los hermanos Wassilieff

... La historia del cinema soviético se desarrolla por sí mismo los quinquenales bien dejados. El período más notable es, por ahora, el cuarto. Han finalizado ya tres períodos; he aquí el advenimiento del cuarto.

Si los primeros cinco años del cinema soviético fueron, ante todo, fuertemente influenciados por el esfuerzo realizado en la organización económica, el segundo y el tercer períodos han poseído cada uno de ellos un carácter estilístico claramente determinado. Estas dos épocas representan dos aspectos muy diferentes y transitorios de nuestro cinema.

Al mismo tiempo que cronológicamente se suceden, se hallan en absoluta oposición la una con la otra.

Esta oposición no reside, de ningún modo, en el hecho de que el tercer período quinquenal fuera sonoro y hablado y el segundo mudo, aunque nuestros films mudos hayan producido ruidosa admiración y polémica en el mundo entero.

Lo diferente consiste en sus maneras. Son distintos, hasta el punto de excluirse, a veces, mutuamente. En todo caso, su contradicción teórica es absoluta. Es suficiente, para darse cuenta de ello, el comparar los films del segundo período con los del tercero.

«La madre» y «El desertor», «El Arsenal» y «Montes de oro», «Potemkine» y «Un encuentro». Todos estos films, aunque bien distintos unos de otros, están continuamente impregnados del carácter y sentido de la época en la que fueron creados.

Es en este instante cuando llegamos a lo que será tan maravillosa la cuarta etapa de nuestro cinema: esta etapa o período será el de la síntesis que reunirá los dos estilos contrarios de las dos precedentes. ¿Todavía ayer no se podía más que admirar y prever. Pero hoy lo vemos. Hoy, el hermoso film «Tcha-paieff» nos lo anuncia desde el «écran».

¿Cuáles son las razones por las que «Tchapaieff» debe ser considerado como una obra admirable y significativa? Una nada más: este film ha sabido introducir en la cultura cinematográfica de una etapa todo aquello que creó la anterior, y esto sin compromisos ni claudicaciones, ligando orgánicamente los elementos hasta aquí opuestos.

Este film ha tomado el estilo poético y la grandeza patética de un período y le ha inyectado la profundidad temática del otro, en el que la imagen palpante de vida del hombre era el centro del film. Los Wassilieff han sabido crear, de este modo, tipos y cuadros inolvidables.

Conservando la forma épica tan característica en los comienzos de nuestro cinema, los realizadores de «Tchapaieff» supieron crear numerosos tipos heroicos con una brillantez y fuerza tales como no se había logrado hasta aquí, nada más que en los temas tradicionales. ¿Shakespeare? ¿Continuadores de Shakespeare? Ciertamente, sí, aunque en realidad no se les puede considerar como nietos directos de Lear, de Macbeth y de Othelo. La poética de «Tcha-paieff» no está situada dentro de la línea shakespeariana; pero se encuentra con regularidad el estilo de las crónicas históricas de Shakespeare. La proyección de «Tchapaieff» significa el comienzo del cuarto período quinquenal del cinema soviético, del período que nos trae la síntesis gracias a la cual todos los éxitos anteriores del cinema soviético llegarán a constituir, sin que haya lugar a concesiones, el influjo benéfico para millones de hombres y de mujeres del pueblo, inspirándoles nuevos actos de creación, de lucha y de heroísmo.

La victoria de «Tchapaieff» es la primera victoria en este sentido.

Ni tan siquiera uno solo de entre nosotros puso jamás en duda la potencia del cinema soviético.

Mas tampoco quisimos hablar nunca de triunfo cuando, según nuestra opinión, las obras no lo merecían absolutamente. Más de una vez hemos permanecido indiferentes ante la proyección de más de un film.

No es ello un síntoma de pesimismo. Al contrario, demuestra las grandes exigencias que pedimos imperativamente a nuestro cinema.

Pero actualmente, en este día de fiesta del cinema soviético, tenemos el derecho de decir, con todo el inmenso júbilo justificado que sentimos tan profundamente ante esta nuestra potencia cinematográfica, que no conoce ni concesiones ni compromisos: «Por fin!»

(Literaturnaia Gazeta Moscú.)

S. M. EISENSTEIN

En su discurso pronunciado ante los representantes del arte alemán, imprimió una «tendencia romántica» a este arte, caracterizándolo del siguiente modo:

«No diremos que es agradable morir, pero no hay más remedio que declarar: la muerte es horrible, pero si es preciso, moriremos.»

Así, pues, el arte debe orar a la muerte, a la muerte heroica.

Es del todo claro, que el objeto de la teoría y de la práctica del arte fascista es ahogar, ocultar en Alemania la lucha de clases, aherrar la «nación» con las cadenas «de la comunidad de los intereses nacionales» en una mole, atarla «por la sangre» y hacer un pueblo armado y entusiasta, que luchará contra el proletariado rebelde en Alemania y más allá de sus fronteras se batirá contra la revolución victoriosa del proletariado, contra la U. R. S. S.

¿Cuál es, pues, la práctica del arte fascista? Las ediciones periódicas especiales demuestran que el arte figurado o simbólico desempeña el papel primordial. Las S. A. son los protagonistas principales del arte alemán; las S. A. con o sin estandarte, con una cruz gamada, abrazando al obrero «liberado» (al que los fascistas han quitado sus derechos) y el «despensero de la nación», es decir, el campesino (que no tiene derecho a disponer de sus tierras). La pintura se exalta en paradas fascistas, en cuadros de campos de la S. A., de la juventud movilizada.

En lo que respecta a la música, se puede juzgar de su «ceño» por la «Sinfonía alemana» que se toca en todos los conciertos y se trasmite por todas las estaciones de T. S. H. Esta sinfonía comprende las siguientes partes: «Primera parte: el vigor alemán; segunda parte: la sinceridad alemana; tercera parte: la alegría alemana; cuarta parte: la valentía alemana; quinta parte: la fidelidad alemana...»

¿Y el teatro? «Durante una semana, las obras siguientes sobre la vida del soldado y sobre la guerra, han sido presentadas en escena: en Frankfurt: «El amor de un húsar»; en Breslau: «La traición en Novarre»; en Ais: «Ditrich von Beru»; en Munich: «La balada militar».

Para demostrar, de qué modo la literatura está infectada por la influencia fascista, diremos que de los siete libros editados por «Frankfurter Zeitung», cinco tratan de temas militares (la guerra mundial, diferentes etapas de la guerra civil, las antiguas guerras alemanas).

Al mismo tiempo, se anuncia también la publicación de seis nuevas novelas militares de Verner Boimelbourg, y se sabe que Hans Fallada, autor de la novela «¿Pues bien hombrecillo?», termina su nueva obra titulada «Aquellos que pasan la vida en una olla». «El orden social» del gobierno fascista ha llegado decisivamente hasta este escritor. Ha descrito ya las atracciones de la vida del campo, donde «las S. A. pasan la vida, de la misma forma en una olla». La situación del arte fascista está muy bien caracterizado en un resumen de una audición de la radio en estos términos. (transcripción exacta):

«La apoteosis de la presente «mise en scene» (acción) es la escena final. Veremos aquí todos los uniformes que han desempeñado un papel cualquiera en la vida de la provincia de Brandenburgo, desde los coraceros de Posdam hasta la camisa parda de 1933. Las numerosas banderas y estandartes que han flotado por encima de los amarillos suelos, flotarán fieramente al son del himno de Horste Vessel, y entonces Federico el Grande (Otto Gebir), atravesará la escena montado en fogoso caballo y pronunciará las últimas palabras del testamento del gran rey...»

¿A qué conduce todo esto?

Stalin lo dijo en su informe:

«Se sabe que la antigua Roma consideraba a los alemanes y franceses actuales del mismo modo que «la raza superior» mira ahora a los pueblos eslavos. Tampoco se ignora que la antigua Roma los tildaba de «raza inferior», de «bárbaros», llamados a estar eternamente sometidos a la raza superior, a la Gran Roma, y entre nosotros, decimos: la antigua Roma tuvo para ello ciertos motivos, lo que no se puede decir de los representantes de la «raza superior» del presente. ¿Pero, qué ha ocurrido? Ha sucedido que los no romanos, es decir, «los bárbaros» se han unido contra el enemigo común y han trastocado el sentido de Roma con alaridos jubilosos. Ahora se pregunta: ¿Quién garantiza, que las pretensiones de los representantes de la «raza superior» no conducirán a idénticos resultados deplorables? ¿Quién garantizará que los fascistas tendrán la misma suerte que aquellos remotos guerreros tolerados y sufridos por Roma? ¿No estaría más cercano de la verdad el suponer lo contrario?»

ANDOR GABOR

UN NOVELISTA SOCIAL: CESAR M. ARCONADA

La gente no se ha enterado de que se ha escrito «Los pobres contra los ricos». Hablo del «vulgo docto», que administra las reputaciones. Amén de los amigos literarios, quienes conocen la novela de Arconada, son algunos obreros anónimos, que han ido tragándose, royendo, alimentándose de las raíces españolas que se entrelazan en el recio lienzo novelesco. Hay una crítica de lotería que siempre toca, de tono periodístico, ligero, afable, que no ha rozado siquiera la medula de la novela. También otra glosa, ya no de mera información y noticia, sino con empaque de ensayo profundo, discernimientos encopetados, eufémicos, de suavísimas ironías a lo Jarnés y Díez-Canedo, de alusiones y referencias, de «ésto nos trae a las mientes»... y de «Aristóteles nos dice a este tenor»... Crítica en que los temas se deslizan de uno en otro, y todo queda desvaído.

En uno de estos comentarios — de E. Azoaga —, se ha dicho que «Los pobres contra los ricos» es sectaria. ¿Qué querrá decir esto? ¿Que significa, sobre todo en su tono peyorativo? ¿Es que el crítico que pega desenfadadamente el marbete reprochador es un ente superior a todas las cosas, por encima del mal y del bien? ¿Es que él, como cada quisque, puede sustraerse a la secta, al partido en su más amplia acepción, a la clase, al régimen, a la historia?...

Cuando se tilda de sectaria a una obra suele ser porque rompe lo estatuido, donde todo hombre se siente ya estrecho. Porque arremete contra lo establecido con miras a un orden nuevo que irrumpe por los puntos de la pluma. Pero ello no significa que quien esté acomodado y bien hallado en el sistema inerte no sea

sectario. ¿Qué hace, pues, sino aceptarle y defenderle, por tanto, sintiéndose holgado y contento, asimilando y reflejando su mundo?...

Abunda un error según el cual se interpreta la defensa táctica de un sistema como imparcialidad, y, por el contrario, como sectarismo, la manifiesta incorporación a una trayectoria histórica. De suerte que se oye decir a menudo: No quiero política, sino buen teatro o buen arte. En tal respecto, quien asiste a una representación de los Quintero, o de cualquier otro malhechor escénico, sale complacido de no ver política, como si toda esa humanidad, ese orbé moral, consuetudinario e ideológico no constituyera la proclamación y exaltación más sectaria de una política, que abarca todo el mundo de la historia, la ley, la economía, etc. Pero no es esta coyuntura de tales dilucidaciones. Importa otra aclaración concerniente a la adjetivación y encasillamiento de «social» que adquiere, a las veces, carácter de remoque. Se califica de social una novela que recoge, naturalmente, el hecho social, el fenómeno más considerable de cuantos afectan a la vida de los hombres y de las ideas. Mas se quiere distinguir con ello otra clase de novelas de un presunto apartamiento e independencia del acontecer social, como si cada novela, sea cual fuere, no implicara contenido, extracción y consecuencia sociales, su «ser», ni más ni menos.

«Los pobres contra los ricos» es una novela. Pura y simplemente. Toda una novela y nada menos que una novela. ¿Qué precisa como tal? ¿Lirismo, caracteres, humanidad, tipología, conflictos, pasión, pensamiento, ímpetu y amplitud vitales...?»

Nueva Cultura

Aparecerá el próximo mes de Octubre, en tiraje extraordinario, bajo el siguiente título general:

OCTUBRE

1917 - 1934

El camino rojo hacia la libertad

y con el consiguiente contenido:

Lenin, el que nunca muere.

Justificación de la violencia como fuerza motriz de la Historia.

I La violencia como instrumento de la reacción histórica.

II La violencia revolucionaria: desde la Revolución Francesa, pasando por el Octubre soviético, hasta el Octubre Rojo de España.

La gran novela que quiso escribir el proletariado asturiano.

Nuevos y últimos aspectos de la titánica experiencia humana en la U. R. S. S.: El hombre, el amor, la cultura, la producción, el ejército rojo, la juventud..., etc., etc.

Seis fotomontajes a toda plana de Renau y más de cincuenta documentos gráficos de alto valor histórico revolucionario.

NOTA

Rogamos a todos los corresponsales y camaradas, se sirvan indicar urgentemente la nota de pedido de este número extraordinario para que podamos tener un cálculo aproximado de tiraje. Comunicamos también a todos nuestros lectores y simpatizantes, que si se suscriben a NUEVA CULTURA, inmediatamente recibirán el número extraordinario al precio corriente, o sea, 0'50 céntimos, pues dicho número no se servirá como ejemplar atrasado.

Presentación
extraordinaria

Precio:
1 peseta

Todo nos aturdirá en «Los pobres contra los ricos» que es un orbe cerrado, un mundo sistemáticamente novelesco, un orden de arte, un principio y un fin, el fin y el principio que puede tener la vida acotada en sus más agudas, trágicas y significativas manifestaciones.

¡Qué exacto título «Los pobres contra los ricos»! Buen pregon, grito de extensas resonancias, proclama de esferas cósmicas casi. Realmente, no hay más que pobres y ricos. No hay ni buenos y malos, ni conservadores y revolucionarios, ni religiosos y ateos, ni negros y blancos. Sólo pobres y ricos. Lo sabemos bien los que hemos mamado jugos y savia de la verdad humana de los campos. En las sociedades primarias de los pueblos se sabe bien. La diferencia es trágicamente irremisible. En las ciudades modernas el dinero se mueve y el ritmo de vida da, a veces, una apariencia niveladora. En las aldeas los niños de teta lo aprenden para toda la vida, y riqueza y pobreza siguen siendo referencia primordial. Arconada lo ha revelado magistralmente en el área novelesca.

Algún crítico ha encontrado «feo» el profundo título de Arconada. Añoraba seguramente los rótulos metafóricos o de arcanas trasposiciones. Otro crítico dice: «Su pauta la forman los días del cambio de régimen en un pueblecillo cualquiera, con botica, ayuntamiento, soleada plaza mayor... Pero es igual. Lo mismo podía haber elegido cualquier otro hondo motivo. Porque aquí la novela es un pretexto para decir todas las cosas que el autor lleva dentro... Y siendo así, ¿cómo va a ser un pretexto el núcleo de la novela, lo que es en sí, su «hondo motivo»? Fijémonos: motivo hondo, sin el cual no existiría Arconada como tal novelista que nos ocupa; hondo motivo que es toda su razón de ser, ser y razón fundamentales. Si una época literaria se caracteriza por su unidad de temas, por su espíritu armónico de época, por su sistema global de conceptos, por su homogenea voluntad e impulsos creadores, no puede ser lo de menos el asunto en sí. ¿Es posible un asunto sin que su elección resalte la dirección vital del escritor? Hemos de entender, claro, por asunto, no la sucesión de hechos vacíos, sucia espuma; no «lo que pasa», sino el nervio y hueso de la obra, su armazón interna y sustancia, su honda causalidad y motivación...

El arte posee — ya se sabe — pocos grandes asuntos. La novela, menos. Podría decirse, v. g.: que el asunto de la novela es el hombre, la vida. Y dentro de ella cabe todo. Pero si vamos parcelando, reduciendo el enfoque, hallamos que una frase del personaje, una sensación, un atisbo, un destello, son tan asunto como el esquema de acontecimientos, anecdótico, de peripecias.

«Los hechos son como sacos. Si están vacíos no se tienen en pie», dice Pirandello. El asunto, naturalmente, no son los sacos, sino el relleno. O sea, partículas vitales que le confieran valor permanente como en «Los pobres contra los ricos».

Si Arconada escribe «La turbina» o «Reparto de tierras» no es porque el asunto se le haya deparado ahí, en cualquier esquina.

Todo en la vida y en la novela es el asunto del escritor, el que lleva cada escritor dentro, su temperamento, su personalidad, el mundo y el material de cada escritor. Porque todo es asunto y el asunto es el hombre.

Arconada principia sus capítulos con morosa, gustosa delectación de escritor y descriptor. No llama guarro al sargento, pero el lector siente la náusea. En esto es de un realismo implacable que se enraíza con nuestra más pujante tradición literaria. Sigue las andanzas del paliolo del sargento quien no precisa, de más para quedar definitivamente retratado. Acaso parezca excesivo regodeo en la inmundicia; es acierto de tono. Ritmo de prosa lento, a compás con las horas desmesuradas del reloj del cuartel. E inmersión de gran pintor naturalista e impresionista, al par, en la atmósfera viscosa que respira el sargento. Todo el detalle triste, lo que nos liga a la materia diaria de que nos servimos, se trasplanta por Arconada. Las migas de pan, las manchas de grasa, los más humildes enseres caseros, los instrumentos en que fatalmente se apoya la vida del hombre, descuellan en la narración subrayando su profundo sentido de eternos compañeros del hombre... Es particular el gusto de Arconada por la descripción de lugares como pajares, doblados, paneras, en consonancia, claro, con la humanidad que puebla su novela. ¡Cómo canta, sin embargo, en contraste; mejor dicho, como complemento de un novelista que persigue e incorpora un aire de cabal curso, las auroras, los días primaverales, los corazones adolescentes, la risa del pobre!...

Probablemente Arconada comienza sus capítulos hablando de los pájaros, de la luz de la pantalla, de los gatos. Es un divagador, cronista, ensayista. O habla de los caminos largos, de los árboles, de los sueños de las Cenicientas, de las «rectas chimeneas, válvulas por donde escapa la pesadez sentimental de los hogares». Es un poeta. O de la injusticia social, de la política, de la historia. Es un pensador. Y todo lo trata siempre en su nexo con el hombre. Y siempre — comentador, pensador, poeta — es un revolucionario. Qué fácil es ser revolucionario. ¿El joven es entrometido, audaz, pedante? Bien, se hace revolucionario. ¿El otro no tiene más que hacer que asistir al Ateneo y leer periódicos? Se compra una corbata roja y se hace revolucionario. ¿No siente la pesadumbre de un destino, una ética, la conciencia de una responsabilidad y una doctrina? Se hace revolucionario. Pero, ¡qué difícil es ser revolucionario! Ser sencillamente revolucionario, sin pedantería, sin desdén, por naturaleza como si dijéramos, sin esfuerzo, sin estridencia. En cada capítulo, en cada palabra, ser revolucionario hondamente, íntegramente.

No sólo las partes del libro, sino los párrafos y aún las frases los construye Arconada reduciéndolos a unidad y sistema. En esto se aprecia que sabe de música: en la armonía. Compone piezas armónicas. Y emplea también un ritornelo musical, poético, dramático. El motivo se intercala, una principio y fin. Esto

es de poeta. Se repite el pensamiento central en cuyo derredor giran las estrofas, los cantos de la prosa de Arconada. Una prosa poemática, transida de lirismo, con cadencia interna, medida como un romance, tierna como un romance, exaltada y recia como un romance...

También es de poeta la pintura del ambiente y del mundo total que se respira. La creación del novelista abarca un completo orbe novelesco. Hay novelistas psicólogos que atienden al curso de la peripecia interior. Y hay novelistas poetas que en el contar integran un sentido cósmico preciso a la novela. La potencia lírica de Arconada está siempre presente en «Los pobres contra los ricos». La naturaleza, el paisaje enmarcan justamente la vida de los hombres.

Arconada aprovecha con mesura ejemplar los adelantos estilísticos, formales. Abunda en imágenes tan insólitas como exactas: «Gritaban los chicos como becerros antes de salir al campo». «Años hermosos como un prado.» «Las calles estaban blancas como si por la noche hubiera pasado el carro del molino con los costales rotos.» «La murmuración es siempre redonda como una camilla de brasero. Todos gustan de sentarse alrededor.» «Un alba suave, sañida de los regazos de cristal de esos arroyos donde nunca muere la luz, asomaba su pechuga de cisne.»

En cuanto a afinidades literarias, Arconada se nos muestra de difícil entronque. Tres sombras lejanas de influencias y próximas de contemporaneidad se proyectan acaso: Baroja, Azorín, Cansinos-Assens. Bien entendido que él mismo declara: «Me creo próximo a esos nuevos escritores que hay en todo el mundo que, frente al intelectualismo especulativo e inútil, ponen su inteligencia en las nobles causas de la humanidad. Frente a la torre de marfil, la calle. Frente a lo libresco, lo humano. Nadie debe vivir en las nubes y mucho menos el escritor que tiene una misión colectiva y educadora».

Acomete las escenas con el brío y la violencia de Baroja; únicamente esto, y que Baroja es, en la novelística actual, antecedente de lo que sea acritud y desgarró. Pero Baroja es deshinchado, caótico. El suyo es un arte de destile, de pasaje, de esquina con vientos. Una tolvancera de tipos. Mientras que Arconada no abandona sus personajes, no los hace aparecer y desaparecer, sino que los sigue y recoge su último aliento. Remata la concepción novelesca que es un círculo y no una línea sin fin.

Mentamos a Azorín como semejante a Arconada en lentitud descriptiva y amor a las cosas. Empero, no liga nada al escritor convulso y tormentoso — con claridad clásica — al otro frío y pequeño filósofo. Arconada podría decir «hermana cosa» franciscanamente, como gran amorador que es. Quizá el espíritu franciscano sea compatible con el marxismo. Pero esto es resbaladizo...

Arconada no segrega humor como los escritores catalogados y aferrados a la forzosa pirueta, paradoja o caricatura. Es humorista cuando sobriamente lo exige el tema, cuando surge del propio tipo que ironiza. Sus invectivas son tan certeras como feroces. Adecuado sarcasmo cuando dice: «Hacen abriguitos de punto para los niños pobres. Píadosos corazones de señoras cristianas».

No podría omitirse alguna consideración sobre el genuino léxico de Arconada. No sólo su manera de relacionar elementos literarios, sino el desnudo vocablo, su vocabulario de novelista. Escoge las palabras más plásticas. Todos los giros, refranes, expresiones típicas rurales de Extremadura y Castilla suenan en su prosa. Sonoridad rotunda, sabrosa, de palabra añeja. Es un lenguaje expresivo, clásico y moderno, siempre vivo y profundo, con sabor castizo a ganancia, a labranza, a era, con olor a mies y a pan caliente. Argot moderno también de esquina madrileña.

Hay novelas que necesitan terminar porque se ha cerrado el ciclo novelesco. Hay novelas que pueden continuar. «Los pobres contra los ricos» ha de acabar forzosamente agotada la significación exacta y suficiente. Pero puede recomenzar cualquier día como la misma vida, como la misma revolución. Es tan finita como el hombre y su lucha, y tan eterna como el hombre y su lucha. Aquí estriba su mérito. Si hay una épica moderna es la de Arconada, y si hay una epopeya moderna es la de «Reparto de tierras». Los Homeros glorificadores de gestas se encarnan ahora en los defensores del pobre. No hay otra gesta que la diaria, menuda e ingente del pobre contra el rico.

Excelsa propaganda de los pobres. Los clásicos del XVII hacían propaganda de la monarquía y la religión, y «Fuente Ovejuna», por ejemplo, drama social revolucionario, termina sometiéndose al fallo del rey, porque el rey representaba entonces la satisfacción de los anhelos justicieros del pueblo. O sea, no hemos sido nunca literariamente clásicos, fríos y equilibrados, sino románticos. Ser revolucionario, como Arconada, es otra manera de ser romántico y místico. Ama y odia, y hace amar y odiar. Y no importa que topemos con el materialismo histórico.

«Los pobres contra los ricos» resalta las sarcásticas contradicciones de los tiempos. La República española — historia de las monsergas políticas — es elocuentísima en tales contrasentidos y mudanzas. En cierta clase de política, la menos conforme a la condición del hombre, el tópico arraiga como en terreno propio. Nada supera en efecto cómico a la lectura de un periódico panegirista del rey con motivo de su cumpleaños, por ejemplo. En este aspecto, monarquía y república son valores equivalentes. La última escamoteó por arte de birlibirloque una revolución, etc. Sin más divagaciones nos importa apuntar que el curso del «cambio» dado al pueblo — lleno de las martingalas y engañosas políticas, que serían graciosas si no fueran trágicas — forman la clara y tirante urdimbre de «Los pobres contra los ricos», que tendrá durante muchos años vigencia de estallante verdad.

Quisiéramos en un rasgo presentar la humanidad de Arconada, su censo novelesco. Pero lo que precisa de 286 páginas no cabe aquí. Amancia, Fidel Arroyo, el sargento, su mujer, Cristina, la hija, el guardia Oliveros, Lillo, López, don Nazario, tipo de

cristiano que reza a Dios mientras de verdad se encomienda *in mente* a los fusiles de la guardia civil; don Policarpo, el boticario (sátira de la vieja literatura; vieja por vacía, inconsistente y caduca, porque lo viejo no se define biológicamente, sino éticamente); Guillermito, mariconcito al servicio de los jesuitas; Pili y el tío Ayuca como una isla, y sus hijos que van sintiendo en su carne, a balazos, la mentira de la democracia republicana y la necesidad de salir a una verdad inmediata y firme sin posible retroceso.

El final es tenso y abarca el redondel de la tierra. Ya el autor había dicho: «La muerte es triste; pero los geranios crecen sobre las panzas, y la juventud mantiene ilusiones. ¡A vivir!» Rotundo punto final de la muerte. Final y recomienzo. Se ha cerrado un ciclo siempre en principio. Murieron. Siempre mueren los hombres. A los muertos se les tapa con cemento de olvido. Son, sin embargo, muertes fecundas. No hay que olvidar a los muertos, lo que más fácilmente se olvida...

EUSEBIO G. LUENGO

“Cruz y Raya” EL TENTACULO MAS FINO DEL PULPO MONOPOLISTA

1.º—PRESA FACIL

Una verdadera avalancha de preocupaciones y desorientación ha caído sobre la juventud pequeño-burguesa intelectual española en estos últimos tiempos. La crisis económica ha agravado tremendamente sus condiciones de vida. Los gobiernos de la República no han resuelto ni uno sólo de sus problemas. Las carreras especiales o facultativas, tan trabajosamente estudiadas durante largos años, no sirven para nada. El capital privado se coloca en valores del Estado y huye de fundar nuevas empresas, de crear trabajo. El Estado cierra sus puertas; las oposiciones son verdaderas colas donde miles de jóvenes parados y de hombres desesperados se disputan una sola plaza. El Estado burgués-terramente ejerce de esta manera el más innoble derecho de selección.

Toda esta masa pequeño-burguesa, amorfa, indefensa, sin conciencia de clase, se debate desesperadamente en rencillas e intrigas intestinas: entre discusiones deportivas, artículos del Código civil, legislación hipotecaria o tablas de logarismos. Una pequeña parte entre ellos se preocupa también de las cuestiones de arte y literatura.

2.º—EL PULPO DE CAZA

El negro pulpo de la putrefacción española ha aprendido mucho en estos últimos tiempos: entre otras cosas se ha dado cuenta de la importancia política de esta masa pequeño-burguesa vacilante, ha visto que el joven pequeño-burgués constituye una presa incomparablemente más fácil que el férreo proletario con conciencia de clase. Por otra parte no ha olvidado los días en que en las Universidades de España los estudiantes españoles se manifestaban con éxito contra Primo de Rivera y los jesuitas, ni tampoco lo que vino después.

La juventud pequeño-burguesa entonces era revolucionaria; eran sus organizaciones deportivas, sus organizaciones de clase, sus intelectuales.

El negro pulpo del capital monopolista jesuítico, pasado el primer momento de pánico, después del 14 de Abril, se ha contraído, ha centralizado sus mandos, dispuesto de nuevo para el ataque y la conquista. El proletariado español le ha rechazado valientemente donde quiera que lo ha encontrado; el negro monstruo «jesuitista», el negro monstruo del «trust» Urquijo-Ruisenén, se ha lanzado con los tentáculos abiertos sobre la débil juventud pequeño-burguesa española. Ha estudiado detenidamente la manera de llegar a ella, ha aprendido a hablarla, a interesarla, no ha reparado en gastos; ha comprado periódicos, escritores, deportistas, dibujantes, poetas, filósofos, técnicos, automóviles y aeroplanos. Sus periódicos son los mejores de España; poseen el mejor papel, se tiran en las mejores máquinas, tienen corresponsales en varias capitales europeas, su servicio de información es modelo de organización y de hipocresía.

Los técnicos a sueldo dirigen cursos de enseñanzas especiales, de ingeniería, de economía, de periodismo. Encantadoras y candorosas jovencitas de la mejor sociedad madrileña — futuras madres cristianas — ponen una nota de color de rosa en estas reuniones de jóvenes curas, enlutados católicos y beatas negras y sucias.

La organización marcha; central e inteligentemente combinados sus esfuerzos por el poder del capital monopolista; sus negros tentáculos se tienden más particularmente sobre la masa juvenil pequeño-burguesa intelectual de España.

3.º—EL MAS SUAVE Y PENETRANTE DE SUS TENTACULOS

Aquí tenemos ya a «Cruz y Raya», «Revista de afirmación y negación.»

Los escritores pueden ser peligrosos enemigos. En los últimos años de la monarquía han molestado algo. Por otra parte la joven intelectualidad pequeño-burguesa yace en el más atroz marasmo. La ingrata República la ha dejado completamente abandonada. La provinciana burguesía española no se ha interesado por el neoclasicismo ni por ninguno de los «ismos» de post-guerra.

El genio central del capital monopolista ve a través de las paredes y ha visto la manera de aprovechar lo que otros han despreciado.

Se ha dado cuenta de la cierta influencia de este sector intelectual sobre la parte más inteligente y peligrosa de la juventud pequeño-burguesa. Se acuerda perfectamente del daño que le hicieron ciertos escritores al servicio de la burguesía liberal republicana y quiere utilizarlos para moldear en lo posible a su gusto la informe masa de la juventud pequeño-burguesa. Para apartar en primer lugar su atención de los problemas económicos, para demostrarla que el catolicismo no es sólo el cerrilismo, sino que tiene

también una parte pintoresca, «liberal» y «europea», «aunque muy española»; que Santa Teresa está a la altura del mejor poeta puro de la última hornada «exquisitista». El genio malévolamente de las finanzas centrales no ha dudado en tender la mano para esto a intelectuales «republicanos» y un tanto herejes. No podía menos de ser de esta manera, con algún escándalo por parte de los nobles brutos latifundistas.

Nadie más apropiado para llevar a cabo esta labor que el «afirmo-negativo» José Bergamín, fino malagueño de playa — en todo el sentido de la frase —, que no ha podido olvidar su educación profundamente católica, influenciado además por Jean Cocteau, que representa en Francia, con Max Jacob, la desviación mística del snobismo gran capitalista de post-guerra.

El «agudo» José Bergamín, situado en el centro de la última generación literaria, ha recibido plenos poderes del genio dorado de los Consejos de Administración del trust «jesuitista»: del gran don Valentín Ruisenén.

Al autor de la frase «la oruga es una arruga que se fuga» se le han abierto las puertas de los Bancos del «trust» para organizar una revista literaria católica que haga la competencia a la «Revista de Occidente», de Ortega, algo indiferente en materia religiosa. La colaboración se paga el doble, el papel es doblemente mejor, no importa el déficit anual.

Nadie mejor que el autor de «Enemigo que huye», puede «huir» de la realidad económica y esconder el «bulto» entre devaneos del año de Maricastaña. Nadie mejor que él puede escapar y hacerse el distraído ante la pregunta «¿Fascismo o Comunismo?» y mantener una posición semidemagógica engañadora para deslumbrar a los jóvenes intelectuales pequeño-burgueses.

El más «agudo» de los escritores exquisitos juega de esta manera: constituye el ala izquierda del frente de la batalla, conquistadora del negro pulpo.

Pero cuidado; el juego es peligroso; la sangre de los obreros muertos por el equipo político del capital monopolista jesuítico, los miles de proletarios encarcelados y los millones de parados y de hambrientos que pasan hambre mientras los accionistas de las empresas jesuíticas se reparten dividendos y mientras sus intelectuales a sueldo discuten sobre la mística de San Juan de la Cruz o sobre la «pureza» de la poesía, saben perfectamente lo que son los «chuideros espirituales», en la época del fascismo y la guerra; en la época de la Revolución proletaria.

JOSE HERRADON

Madrid.

Ediciones NUEVA CULTURA

Rogamos a todos los lectores que se interesen por las Ediciones NUEVA CULTURA en general, y en el libro sobre el Congreso de los Escritores (en prensa), remitan urgentemente a la dirección de N. C. su suscripción al mencionado libro. (Mínimo 6 pesetas).

De nuevo repetimos que NUEVA CULTURA no posee un fondo de resistencia financiera y que su prosperidad y desarrollo depende del interés que muestren nuestros lectores y amigos.

Próximamente aparecerá la interesante revista

Rusia de Hoy

Extensa y amena información. ¡Suscribíos! ¡Adquiridla!

NUEVA CULTURA se confecciona en los Talleres de «Impresos Cosmos», Avenida del 14 de Abril, 39, Valencia.

ARCHIVOS ESTATALES

Carranque de Ríos: LA VIDA DIFÍCIL (Novela). Espasa-Calpe. Madrid.

Las escenas que con el título justo y significativo de "La vida difícil" ha publicado Carranque de Ríos, son su segunda obra. Su primera novela — "Uno" — ha sido traducida al ruso por la editorial del Estado. Con esto ya pueden suponer nuestros lectores la índole y la calidad de las producciones de este nuevo novelista. Con gusto entraríamos en un comentario a fondo y detallado de su segunda novela: "La vida difícil", porque nos ha interesado vivamente su lectura; pero las circunstancias en que tenemos que hacer aquí las críticas nos obligan a reducirnos. Yo resumiría mi opinión con estas cortas palabras: "La vida difícil" es una novela de estirpe barojiana. Por las escenas de la vida turbia, insegura, difícil, en torno a la figura inquieta y vagabunda del protagonista fluye en todo momento la magistral presencia del novelista vasco. Discípulo devoto, Carranque de Ríos ha sabido con auténtica comprensión de novelador apresar la "manera" barojiana, inteligente, sugestiva, deshulvanada, su "nuevo arte" de hacer novelas. La descripción rápida, aguda, tajante de las personas. La predilección por los tipos raros, a extramuros de la seriedad y prudencia requeridas en la "sociedad". La prosa sencilla, ajustada al cuerpo del asunto; prosa de código al modo stendheliano, como el maestro de "La Busca". Y sobre todo esos bajos fondos sociales que rezuman una amarga filosofía de pesadumbre y negación. Es aquí donde reside la mayor virtud de Carranque de Ríos; lo que germina más razonado futuro a su "novelística". Porque Carranque de Ríos ha sabido intuir en medio de las ocurrencias "geniales" y de las anécdotas absurdas de la novelaría barojiana, su fondo de profunda "resonancia metafísica", que dijo Ortega y Gasset, y que no es otra cosa sino su ideología, su "concepción del Universo" a través de la crítica social. Carranque de Ríos está unido por esa raíz a la obra barojiana. También en él la sensibilidad, como un espejo delicado, recorre el paisaje profundo de la vida y sus luces sombrías, le enturbian y le anegan. También en él hay una dura y violenta crítica social. Pero así como en Baroja todo concluye en negación y escepticismo, en el discípulo apunta una nueva luz. A pesar de que el libro de Carranque de Ríos está también impregnado de desolación, a pesar de su instintiva predilección por los "tipos" anarquistas, a pesar del final inesperado y trágico, hay en la obra de Carranque de Ríos un nuevo orden de energías que pugna por salir a flote. Hombre de otra época, la vida difícil, que al parecer le ha golpeado duramente, ha despertado en él esfuerzos, ausentes en el nihilismo barojiano, mezcla de impotencia y sarcasmo. Carranque de Ríos ha escrito una obra sugestiva, con una técnica barojiana renovada en un sentido moderno, y ha añadido a la melancolía y al dolor de la vida, injusta y cruel, de las mejores páginas barojianas, elementos positivos, afirmaciones y un sentido creador que prometen un gran novelista, cuando tras el indispensable aprendizaje en los maestros, se encuentre a sí misma, de un modo pleno, su personalidad.

A. G.

Pla y Beltrán: VOZ DE LA TIERRA (Poema). Ediciones U. E. A. P. Valencia

Existe una diferencia fundamental entre un poeta revolucionario y un poeta "puro".

El poeta revolucionario en el momento saca a la calle sus primeros versos, firma ante su conciencia un contrato de responsabilidad ante las masas obreras y campesinas, y ante la intelectualidad y crítica revolucionaria. El poeta puro, no contra ninguna clase de responsabilidad, ni con su conciencia ni con las gentes; únicamente, si no tiene otros medios de vida que el producto de sus versos, habrá de fabricarlos de manera que tengan aceptación entre los editores y, en general, entre quien se los paga.

Los elementos que el poeta revolucionario toma para desarrollar su obra, son elementos que viven, que luchan, evolucionan y exigen contrariamente a los elementos abstractos, muertos y parados que nada exigen.

Los protagonistas de la obra de un poeta revolucionario, viven una vida real y en un momento dado, pueden echar en cara al poeta que ya van sintiéndose estrechos entre sus versos, que tiene que evolucionar y crecer con ellos, si no quiere quedarse solo y sin fuerza. La conciencia de clase crece y crece cada día. La lucha se hace cada vez más violenta, el caudal de rebelión se desborda como en Octubre, y en este punto, el personaje (el revolucionario) y el hecho (la revolución), pueden abandonar al poeta, y en sus poesías quedar tan sólo la envoltura transparente e indecisa que dejan las larvas.

Un poeta revolucionario que con sus obras ha marcado ya una trayectoria, depende, además, de su obra anterior. Considerando, pues, este último libro de Pla y Beltrán, no aisladamente, sino siguiendo el curso de toda su obra poética revolucionaria, vemos que "Voz en la tierra" es, sin duda, un paso atrás. Es un relativo paso atrás.

Permanecer, en literatura, en poesía, en la vida, en fin, es retroceder, porque el tiempo es un factor de primer orden en el desarrollo y orgánica de toda obra. No avanzar y madurar con el tiempo, con los hechos de cada día, es quedarse atrás. Y nosotros comprendemos que este libro de Pla y Beltrán que

tratamos no está sobre el suyo anterior, en la proporción que debiera con relación al tiempo transcurrido y la madurez de los hechos que pasan. Esperábamos en el nuevo libro de Pla la entrada de su poesía en una etapa superior de forma y fondo, como requieren los tiempos y los hechos.

Los elementos líricos, que ya en sus anteriores libros encontramos algo desproporcionados y matando en parte la profundidad de los versos, en "Voz de la tierra" se remontan más exageradamente sobre el contenido. La lírica es mejor, pero es mejor a costa del contenido, que queda escaso.

Hay en toda la obra poética de Pla una retórica que continúa ahora más acentuada, constituida por una serie de "sustantivos calificativos" repetidos en un sentido de inercia, retórica pura, empleada más para decir bien una cosa, que para calificar justamente la cosa. El contenido revolucionario de este "poema de rebelión" es constituido por ideas generales, fuera del tiempo, en el espacio: la sangre, el horror, el impulso, el valor. Esto en cuanto a la expresión de la parte positiva de la revolución. La parte negativa, o sea, la guardia civil, el tercio, la represión, quedan débiles y como evidentes pies forzados. El elemento bárbaro y sombrío de los instrumentos activos de la reacción oficial, que constituyen los caracteres más destacados de la fisionomía española, quedan esencialmente excluidos del verso por el preciosismo lírico a que fuerza Pla su obra.

Pla y Beltrán ha caído, en este último libro, en un panteísmo que lo envuelve todo, en el que no se distinguen las diferentes categorías humanas y ambientales, en una especie de "escepticismo lírico" que lo diluye todo: hombres, sangre, guardia civil, paisaje, piedras, viento... y en el que el elemento fundamental REVOLUCION, pierde sus perfiles en una bruma sin concreción, energía y sentido humano de los hechos.

En general, en la poesía de Pla y Beltrán domina, evidentemente, por encima del contenido de clase, un lirismo pseudo popular, bebido, no en las fuentes de lo auténtico popular, poesía, música, palabras, etc., sino en lo popular pasado a través de las últimas manifestaciones de la poesía burguesa contemporánea (Alberti en su primera época, García Lorca, etc.)

Refiriéndonos exclusivamente a la norma poética, preciosista y ligera empleada últimamente por nuestros jóvenes de vanguardia, sentimos necesidad de decirles, que España no es sólo la Andalucía que conocen los turistas, es en una mayor extensión, árida, ruda y concreta. A este respecto la poesía de Antonio Machado es más justa y tiene un nervio más auténticamente pre-revolucionario.

Nadie niega que Berceo, el Arcipreste, Santillana y el mismo Lope de Vega sean grandes poetas líricos, pero nadie niega tampoco y nosotros apuntamos, que la lírica de estos poetas era una lírica realista y objetiva en cuanto a los elementos constitutivos del verbo y del pensamiento poético.

Nosotros, los que tenemos vinculados nuestros intereses materiales y morales a la revolución, nos creemos en el deber de vigilar y estrechar a cuentas en lo que seamos capaces, a los hombres, que son con nosotros de la revolución y que son un valor para ella.

En el caso de Pla y Beltrán, con el cual hemos crecido y con el que convivimos en el desasosegado pasar de los días presentes, nos creemos con el derecho de esperar y exigir de él el esfuerzo que ha de hacer magnífico y consecuente su obra. Sabemos que la lucha para él es más árida quizás que para algún otro. El es el poeta casi único de la revolución española, y su gesto se debate en medio de la casi total ausencia de la familia profesional que alienta, anima y ayuda, aun más eficaz construirse a sí mismo para (por consecuencia), crear la auténtica poesía de la revolución Española.

MANUELA BALLESTER

John Strachey: LA LUCHA POR EL PODER Y EL FASCISMO

Editorial España. Madrid.

En los momentos que escribimos esta reseña, el autor de estos dos importantes libros se encuentra preso en una cárcel de Chicago esperando condena por "extranjero peligroso" que se ha atrevido a criticar desde la tribuna el sistema capitalista yanqui y el programa demagógico de Reconstrucción Nacional del presidente Roosevelt.

John Strachey está reputado entre los escritores marxistas más notables de su tiempo. Nació en Inglaterra, donde ha sido diputado socialista. Sus estudios profundos del marxismo le alejaron de las filas del partido, y hoy es uno de los teóricos valiosos de las tácticas revolucionarias del marxismo-leninismo.

Su libro "La lucha por el Poder" le ha dado renombre universal y se ha traducido a casi todas las lenguas cultas de Europa con tiradas de cientos de miles de ejemplares. Este libro constituye por sí solo una aportación original a la literatura del socialismo científico.

Strachey analiza agudamente el nacimiento y desarrollo del capitalismo desde sus orígenes hasta nuestros días. Sitúa la génesis del capitalismo en el capítulo que trata de la lucha por el mercado, base primordial del sistema. Las luchas terribles entre las fuerzas nuevas, creadoras, frente a los restos del feudalismo. El espíritu de empresa se impone, tras largas y terribles guerras de clases, y nace el nuevo mundo: agresivo, con espíritu de aventura. Los nuevos capitanes de industria crean el Estado capitalista. El aventurero, el pirata, se convierten en los héroes de la época. Todo el desarrollo de la nueva sociedad será, a partir de entonces, una lucha continua por la conquista del mercado.

París: LOUIS ARAGON ♦ Madrid: RAMON J. SENDER, OGIER PRETECEILLE, CESAR M. ARCONADA, EUSEBIO G. LUENGO, A. BAZAN ♦ Barcelona: A. OLIVARES, RODRIGO FONSECA, AGUSTIN PUERTOLAS ♦ Valencia: ANGEL GAOS, JOSE RENAU, MIGUEL A. RIBES ♦ Sevilla: FUENTES CALDERAS ♦ Alicante: FRANCISCO ARMENGOT, ANTONIO BLANCA, J. SANCHEZ BOHORQUEZ.

En capítulos siguientes Strachey va demostrando cómo las necesidades del mercado libre van modificando la superestructura de la vieja sociedad. Cómo las nuevas relaciones de clase hacen pedazos los dogmas religiosos, rompen las relaciones jurídicas existentes, se desarrolla la ciencia, el arte; cómo poco a poco el nuevo estado de cosas adquiere fisonomía propia.

En el capítulo dedicado al papel de la religión en la sociedad, Strachey señala que las luchas religiosas no eran sino la consecuencia de las luchas de las clases antagónicas que se disputaban la hegemonía del Poder. La Iglesia, que hasta entonces había jugado un papel político y económico de primer orden, tuvo que inclinarse y buscó acomodo en el seno de la nueva sociedad, renunciando hipócritamente a sus privilegios espirituales, pero manteniéndose siempre cerca del nuevo poder. Posteriormente la Iglesia había de ser un instrumento útil al sistema capitalista, aunque el progreso de la técnica y las ciencias la hayan desplazado ya de su hegemonía.

El capítulo sobre las ciencias trata de los gigantescos progresos que éstas han alcanzado dentro del sistema capitalista, no por la generosidad de los barones imperialistas, sino "a pesar" de ellos, por necesidad imperiosa del mismo sistema.

Strachey habla también del papel de la literatura en la sociedad capitalista; la actitud de los escritores ante las nuevas relaciones de clases que se han ido formando dentro de la sociedad moderna. Lo inexplicable que resulta que los hombres de ciencia no vean claramente que su misión en los momentos actuales debe estar al servicio de las fuerzas creadoras que luchan por el porvenir: el proletariado de las ciudades y el campo. Lo injusto que resulta y también lo inútil que los intelectuales, traten de defender los intereses materiales y espirituales de la sociedad capitalista en su momento de decadencia inevitable.

Critica duramente la actitud de escritores como Wells, Keynes, que siendo historiadores no saben analizar las causas determinantes que engendran las luchas de clases y abogan por utopías, obstruyendo el paso a las ideas nuevas.

Strachey termina su libro con un capítulo brillante dedicado al peligro del fascismo, poniendo en vilo a todas las conciencias honradas del mundo que luchan por un mañana más justo, donde no exista el odio y donde el culto al trabajo y el amor a los hombres sea la razón de ser de la humanidad.

El otro libro de Strachey, "El Fascismo", es un estudio profundo de las causas que engendran el fascismo. Para Strachey el fascismo no es sino una nueva modalidad del sistema capitalista, que rompe descaradamente con las doctrinas democráticas para imponerse al mundo por medio del terror.

El fascismo como doctrina política carece de originalidad. Es una especie de tope que se ha inventado el capitalismo para impedir el natural desarrollo del proletariado. No crea ningún sistema nuevo. Es una especie de vuelta a lo pasado, pero sin el ímpetu creador que traían los reformadores.

Strachey previene a la juventud de caer en este ilusionismo, en esta especie de epilepsia en que han caído muchos individuos, sobre todo intelectuales decadentes que no creen ya ni en sus propias fuerzas y pretenden llevar hacia el abismo a las nuevas generaciones.

Después de quince años de establecido en Italia el fascismo no ha producido nada en las ciencias ni en las artes. Un espíritu de decadencia y de escepticismo domina a las clases intelectuales que se han adherido o permanecen pasivas ante los atropellos a la cultura.

En Alemania el fascismo no ha hecho sino destruir y no ha creado nada. Los mejores hombres de ciencia y de la literatura se hallan en el destierro, otros en las cárceles y muchos han sido asesinados.

El fascismo significa barbarie, mediocridad, odio sistemático a todo lo que significa creación; el fascismo conduce necesariamente a la guerra; su razón de ser es la fuerza por la fuerza. Su muerte es inevitable, a pesar del terror.

El socialismo se impondrá al mundo como una necesidad biológica de la humanidad.

Claro está, ello no quiere decir que nos sintamos a esperar la muerte del fascismo. Su muerte no ha de ser natural. Tenemos que dársela nosotros con todos los medios a nuestro alcance.

E. D.

Libros recibidos

Chapaieff, el Guerrillero Rojo.-D. Furmanoff. Ediciones Europa-América Barcelona.

Historia del partido Bolchevique.-Popov. Ediciones Europa-América Barcelona.

Los Hombres de Stalingrado.-Ediciones Europa-América. Barcelona.

Los intelectuales antifascistas de Alicante escriben a NUEVA CULTURA

La cultura corre grave riesgo. El sector más sensible y fuerte de la intelectualidad europea ha percibido la amenaza. Hasta el silencio de los estudios llega el golpetear de las botas fascistas. Sobre la claridad de los laboratorios se cierne la mancha parda de Alemania. Motores de guerra hacen vibrar al mundo. La cultura está en peligro: en torno, todos, todos, contra la guerra y el fascismo.

Nosotros, un grupo, los que en este rincón de Miró lo sentimos también así, queremos ahora, cuando más importa hacerlo, proclamarnos —con modestia, pero bien alto— por estas grandes consignas, expresando a un tiempo nuestra simpatía y amistad a la revista NUEVA CULTURA, avanzada, en la que sabéis luchar por ellas con acierto y pasión. Queremos gritaros que estamos junto a vosotros: frente al fascismo, nuestros puños serán un solo puño.

ALICANTE. — Melchor Aracil; Francisco Armengot; Julio Badenas; José Carlos Bellido; Antonio Blanca; Santiago Blanco; Ernesto Cantó; Gastón Castelló; J. R. Clemente; Antonio Eulogio; Juan Francés; E. Galipienso; J. González Prieto; M. González Santana; J. Guardiola; Antonio Ibáñez; Renato Ibáñez; José Juan Pérez; José M.^a Llobregat; Rafael Millá; Vicente Masí; J. Sánchez Bohórquez; Emilio Varela; Antonio Guardiola y Viguel Vilalta.

El anterior manifiesto que recibimos de nuestros amigos de Alicante, agrupa en torno a NUEVA CULTURA y, en un futuro próximo, en la A. E. A. R., donde sus consignas tendrán más amplio desarrollo, a un núcleo representativo de los más altos valores artísticos, culturales y profesionales de la vecina capital. Por no destacar más que algunos de pasada, citaremos a Emilio Varela, el gran pintor de los paisajes de la provincia; a Rodríguez Albert, cuya «Obertura y meditación de Sigüenza», acaba de estrenar la Filarmónica de Madrid; a José Juan, director de la Orquesta de Cámara, al escultor Daniel Bañuls, a Gastón Castelló...

Armengot, Antonio Blanca y Sánchez Bohórquez, plumas ágiles e inquietas, forman la Redacción de N. C. en Alicante. Esperamos mucho de la actividad de nuestros camaradas alicantinos y confiamos ampliamente en su labor y actividad.

Información Internacional

Publica todas las semanas artículos inéditos sobre el movimiento político internacional, la lucha contra el fascismo y todas las cuestiones relacionadas con la edificación socialista en la Unión Soviética.

TODAS LAS SEMANAS UN VERDADERO DOCUMENTO POLITICO

16 PAGINAS

20 CENTIMOS

PEDIDOS: SANGRE, 9 Y 11 - VALENCIA

50

céntimos

6 números, 3 ptas.

12 números, 6 ptas.

Redacción y Adminis

GIROS: MONTESINOS, calle

Pavos, 11